

FRAY LUIS DE GRANADA (1504 – 1588)

TRATADO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN

ÍNDICE

Recopilado por el R. P. Fray Pedro de Alcántara fraile menor de la orden del B. S. Francisco. Añadióse al cabo una breve introducción, para los que comienzan a servir a Dios. Y un tratado de los tres votos de la religión, compuesto por Fray Jerónimo de Ferrara.

EL IMPRESOR AL CRISTIANO LECTOR

DEDICATORIA

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Del fruto que se saca de la oración y meditación

CAPITULO II

De la materia de la meditación

CAPITULO III

Del tiempo y fructo destas meditaciones susodichas

CAPITULO IV

De las otras siete meditaciones de la Sagrada Pasión, y de la manera que habemos de tener en meditarla

CAPITULO V

De seis cosas que pueden intervenir en el ejercicio de la oración

CAPITULO VI

De la preparación que se requiere para antes de la oración

CAPITULO VII

De la lección

CAPITULO VIII

De la meditación

CAPITULO IX
Del hacimiento de gracias

CAPITULO X
Del ofrecimiento

CAPITULO XI
De la petición

CAPITULO XII
De algunos avisos que se deben tener en este santo ejercicio

SEGUNDA PARTE
Deste tratado que habla de la devoción

CAPITULO I
Qué cosa sea devoción

CAPITULO II
De nueve cosas que ayudan a alcanzar la devoción

CAPITULO III
De diez cosas que impiden la devoción

CAPITULO IV
De las tentaciones más comunes que suelen fatigar a los que se dan a la oración, y de sus remedios

CAPITULO V
De algunos avisos necesarios para los que se dan a la oración

Síguese una breve introducción para los que comienzan a servir a nuestro señor

Síguese un breve tratado de la guarda de los tres votos de la religión

Compuesto por el R. P. Fray Jerónimo de Ferrara, y dirigido a una señora que quería entrar en religión

Síguese una devotísima oración en la cual, se ejercitan los actos de muchas nobilísimas virtudes, y especialmente del amor de Dios

Preámbulo para antes desta oración

Recopilado por el R. P. Fray Pedro de Alcántara fraile menor de la orden del B. S. Francisco. Añadióse al cabo una breve introducción, para los que comienzan a servir a Dios. Y un tratado de los tres votos de la religión, compuesto por Fray Jerónimo de Ferrara.

EL IMPRESOR AL CRISTIANO LECTOR

Este tratado, cristiano lector, vino a mis manos con algunos vicios que había sacado de la impresión. Y por parecerme libro muy provechoso a todo fiel cristiano, y demás de esto, ser breve para poderse leer de cualquier hombre, aunque estuviese muy ocupado, y fácil para ser comprado de quienquiera, aunque fuese muy pobre, rogué al principal autor de él quisiese tomar un poco de trabajo para enmendarlo, siquiera porque no anduviese en las manos de los hombres tan vicioso. Y Su Reverencia lo hizo tan bien, que no sólo lo enmendó, sino casi lo hizo de nuevo, añadiendo y quitando muchas cosas, de tal manera que el libro que venía en solos cinco pliegos impreso, sale ahora con doblado volumen, para que así tenga el piadoso lector esta recopilación más copiosa, y así pueda mejor aprovecharse de esta doctrina. *Vale.*

DEDICATORIA

Al muy magnífico y muy devoto señor Rodrigo de Chaves vecino de Ciudad Rodrigo
Carta del autor

Muy magnífico y muy devoto señor: Nunca yo me moviera a recopilar este breve tratado, ni a consentir que se imprimiese, si no fuera por las muchas veces que vuestra merced me mandó escribiese alguna cosa de oración breve y compendiosa, y con claridad, cuyo provecho fuese más común, pues siendo de pequeño volumen y precio, aprovecharía a los pobres, que no tienen tanta posibilidad para libros más costosos. Escribiéndose con más claridad, aprovechará a los simples, que no tienen tanto caudal de entendimiento.

Y pareciéndome que no es de menor mérito obedecer en este caso a quien pide cosa tan piadosa y santa, que el fruto que se puede sacar della, quise poner por obra tan santo mandamiento, bien certificado que para mí no puede este pequeño trabajo dejar de ser de provecho, si la mucha afición y voluntad que tengo al servicio de vuestra merced y de la señora doña Francisca, vuestra benedicta compañera, no menos ligada con vuestra merced con el vínculo de la caridad y amor en Jesucristo nuestro señor, que con el del matrimonio, no me lleva alguna parte del merecimiento. Aunque si es verdad, como lo es, que todo el bien que hacen nuestros hermanos, de que nos gozamos los cristianos, resulta en mérito particular del que se huelga, bien podré yo decir que soy participante, y de todas vuestras buenas obras, pues como con hijos muy queridos en el Señor, que así quiero llamar a vuestras mercedes, pues me tenéis por padre, nunca ha faltado la pobreza de mi doctrina e industria para ayudar a la riqueza de vuestros santos propósitos y altos pensamientos.

Y habiendo leído, entre otros libros de romance devotos, el *Libro de la oración* que nuevamente compuso el muy reverendo padre provincial fray Luis de Granada, de la orden de los Predicadores, y pareciéndome que era el mejor de los que en nuestra lengua he leído -por poner de mejor manera en práctica el ejercicio de la oración, con muy buenas meditaciones y avisos muy provechosos, así para principiantes como para aprovechados y perfectos-, determiné favorecer me dé, poniendo en este tratado, brevemente y lo más claro que yo supe, todo lo que aquél tiene necesario para la oración, y otras cosas para algunos más aprovechados en ella, para el efecto ya dicho, y aun para que los que tienen el libro de aquel Padre lo puedan mejor tomar y retener en la memoria, viendo más recopilado y breve lo que el otro tiene más a la larga. Plega al Señor que así aproveche a todos los que le buscan, pues no es para los demás, que consiga vuestra merced el interés espiritual de su buen deseo y el de mi voluntad, todo a honra y gloria de Jesucristo nuestro bien, cuyo es todo lo que es bueno.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Del fruto que se saca de la oración y meditación

Porque este breve tratado habla de la oración y meditación, será bien al principio decir en pocas palabras el fruto que de este santo ejercicio se puede sacar, porque con más alegre corazón se ofrezcan los hombres a él.

Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza es la mala inclinación de su corazón y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar. Porque, a no estar ésta de por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes y alcanzar el fin para que fue criado. Por lo cual dijo el apóstol: «Huélgome con la ley de Dios según el hombre interior, pero siento otra ley e inclinación en mis miembros, que contradice a la ley de mi espíritu y me lleva tras sí cautivo a la ley del pecado». Ésta es, pues, la causa más universal que hay de todo nuestro mal. Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad, y facilitar este negocio, una de las cosas que más aprovechan es la devoción. Porque, como dice santo Tomás, no es otra cosa devoción sino una prontitud y ligereza para bien obrar, la cual despide de nuestra ánima toda esta dificultad y pesadumbre, y nos hace prontos y ligeros para todo bien. Porque es una refección espiritual, un refresco y rocío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Santo, y un afecto sobrenatural, el cual de tal manera regala, esfuerza y transforma el corazón del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborrecimiento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada día, porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oración, allí se le renuevan todos los buenos propósitos, allí son los fervores y determinaciones de bien obrar, allí el deseo de agradar y amar a un señor tan

bueno y tan dulce como allí se le ha mostrado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aun derramar sangre por él, y, allí finalmente reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

Y si me preguntas por qué medios se alcanza este tan poderoso y tan noble afecto de devoción, a esto responde el mismo santo doctor diciendo que por la meditación y contemplación de las cosas divinas. Porque de la profunda meditación y consideración de ellas redunda este afecto y sentimiento en la voluntad que llamamos devoción, el cual nos incita y mueve a todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este santo y religioso ejercicio de todos los santos, porque es medio para alcanzar la devoción, la cual, aunque no es más que una sola virtud, nos habilita y mueve a todas las otras virtudes, y es como un espíritu general para todas ellas. Y si quieres ver cómo esto es verdad, mira cuán abiertamente lo dice san Buenaventura por estas palabras: «Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias desta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración. Si quieres conocer las astucias de Satanás y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción, y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios, y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oración, porque en ella se recibe la unión y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas. Y demás desto, si quieres subir a la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración, porque éste es el camino por do sube el ánima a la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho, dejado aparte el testimonio de, las escrituras divinas, esto baste ahora por suficiente probanza, que habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas, y otras mayores, mediante el ejercicio de la oración». Hasta aquí son palabras de san Buenaventura. ¿Pues, qué tesoro, que tienda se puede hallar más rica ni más llena de todos los bienes que ésta? Oye también lo que dice a este propósito otro muy religioso y santo doctor, hablando de esta misma virtud: «En la oración -dice él- se limpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, certifícase la fe, fortalécese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oración, grandes son sus privilegios. A ella están abiertos los cielos, a ella se descubren los secretos, y a ella están siempre atentos los oídos de Dios.» Esto baste ahora para que, en alguna manera, se vea el fruto de este santo ejercicio.

CAPITULO II

De la materia de la meditación

Visto de cuánto fruto sea la oración y meditación, veamos ahora cuáles sean las cosas que debemos meditar. A lo cual se responde que, por cuanto este santo ejercicio se ordena a criar en nuestros corazones amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, aquélla será más conveniente materia deste ejercicio, que más hiciere a este propósito. Y aunque sea verdad que todas las cosas criadas y todas las escrituras sagradas nos muevan a esto, pero generalmente hablando, los misterios de nuestra fe, que se contienen en el Símbolo, que es el Credo, son los más eficaces y provechosos para esto. Porque en él se trata de los beneficios divinos, del juicio final, de las penas del infierno y de la gloria del paraíso, que son grandísimos estímulos para mover nuestro corazón al amor y temor de Dios. Y en él también se trata la vida y pasión de Cristo nuestro salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el Símbolo, y éstas son las que más ordinariamente rumiamos en la meditación. Por lo cual, con mucha razón se dice que el Símbolo es la materia propísima de este santo ejercicio, aunque también lo será para cada uno lo que más moviere su corazón al amor y temor de Dios.

Pues, según esto, para introducir a los nuevos y principiantes en este camino, a los cuales conviene dar el manjar como digesto y mastigado, señalaré aquí brevemente dos maneras de meditaciones para todos los días de la semana, unas para la noche, y otras para la mañana, sacadas por la mayor parte de los misterios de nuestra fe. Para que, así como damos a nuestro cuerpo dos refecciones cada día, así también las demos al ánima, cuyo pasto es la meditación y consideración de las cosas divinas. De estas meditaciones, las unas son de los misterios de la sagrada pasión y resurrección de Cristo, y las otras de los otros misterios que ya dijimos. Y quien no tuviere tiempo para recogerse dos veces al día, a lo menos podrá una semana meditar los unos misterios, y otra los otros, o quedarse con solos los de la pasión y vida de Jesucristo, que son los más principales, aunque los otros no conviene que se dejen al principio de la conversión, porque son más convenientes para este tiempo, donde principalmente se requiere temor de Dios, dolor y detestación de los pecados.

Síguense las primeras siete meditaciones para los días de la semana

El lunes

Este día podrás entender en la memoria de los pecados y en el conocimiento de ti mismo, para que en lo uno veas cuántos males tienes, y en lo otro cómo ningún bien tienes que no sea de Dios, que es el medio por do se alcanza la humildad, madre de todas las virtudes.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que hiciste en el tiempo que menos conocías a Dios. Porque, si lo sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil que no sabe qué cosa es Dios. Discurre, pues, brevemente por todos los diez mandamientos y por los siete pecados mortales, y verás

que ninguno dellos hay en que no hayas caído muchas veces por obra o por palabra o pensamiento.

Lo segundo, discurre por todos los beneficios divinos y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado, pues de todos ellos has de dar cuenta a Dios. Pues dime ahora: ¿en qué gastaste la niñez? ¿En qué la mocedad? ¿En qué la juventud? ¿En qué, finalmente, todos los días de la vida pasada? ¿En qué ocupaste los sentidos corporales y las potencias del ánima, que Dios te dio para que lo conocieses y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos, sino en ver la vanidad? ¿En qué tus oídos, sino en oír la mentira? ¿En qué tu lengua, sino en mil maneras de juramentos y murmuraciones? ¿Y en qué tu gusto y tu oler y tocar, sino en regalos y blanduras sensuales?

¿Cómo te aprovechaste de los sacramentos que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste a sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste del prójimo que Dios te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? Pues, ¿qué responderás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga: «Dame cuenta de tu mayordomía y de la hacienda que te entregué, porque ya no quiero que trates más en ella»? ¡Oh árbol seco y aparejado para los tormentos eternos!, ¿qué responderás en aquel día, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los puntos y momentos della?

Lo tercero, piensa en los pecados que has hecho y haces cada día, después que abriste más los ojos al conocimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en ti Adán con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Mira cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato a sus beneficios, cuán rebelde a sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces, ni con aquella presteza y diligencia, ni con aquella pureza de intención que deberías, sino por otros respetos e intereses del mundo.

Considera otrosí cuán duro eres para con el prójimo y cuán piadoso para contigo, cuán amigo de tu propia voluntad, y de tu carne y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira cómo todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones y conversaciones y risas y parlerías. Mira otrosí cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo cuarto, considerada ya por esta orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad dellos, para que veas cómo por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene a saber: contra quién pecaste, por qué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar. Mas, ¿por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interés, y muchas veces sin interés, por sola costumbre y desprecio de

Dios. Mas, ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y a veces con tanta facilidad y contentamiento, como si pecaras contra un Dios de palo, que ni sabe ni ve lo que pasa en el mundo. Pues, ¿ésta era la honra que se debía a tan alta majestad? ¿Éste es el agradecimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por ti? ¡Oh, miserable de ti por lo que perdiste, y mucho más por lo que hiciste, y muy mucho más, si con todo esto no sientes tu perdición!

Después de esto, es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos a la consideración en pensar tu nada, esto es, cómo de tu parte no tienes otra cosa más que nada y pecado, y cómo todo lo demás es de Dios. Porque claro está que, así los bienes de naturaleza como los de gracia, que son los mayores, son todos suyos. Porque suya es la gracia de la predestinación, que es la fuente de todas las otras gracias, y suya la de la vocación, y suya la gracia concomitante, y suya la gracia de la perseverancia, y suya la gracia de la vida eterna. Pues, ¿qué tienes de que te puedas gloriarse, sino nada y pecado? Reposa, pues, un poco en la consideración de esa nada, y pon esto solo a tu cuenta, y todo lo demás a la de Dios, para que clara y palpablemente veas quién eres tú y quién es él, cuán pobre tú y cuán rico él, y por consiguiente, cuán poco debes confiar en ti y estimar a ti, y cuánto confiar en él, amar a él y gloriarte en él.

Pues, consideradas todas estas cosas susodichas, siente de ti lo más bajamente que te sea posible. Piensa que no eres más que una cañavera que se muda a todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de ser. Piensa que eres un Lázaro de cuatro días muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices y los ojos por no verlo. Parécete que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y del aire que recibes.

Derríbate con aquella pública pecadora a los pies del Salvador, y cubierta tu cara de confusión con aquella vergüenza que parecería una mujer delante de su marido cuando le hubiese hecho traición, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazón, pídele perdón de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte a recibir en su casa.

El martes

Este día pensarás en las miserias de la vida humana, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo y cuán digna de ser menospreciada, pues se funda sobre tan flaco cimiento como esta tan miserable vida. Y aunque los defectos y miserias desta vida sean casi innumerables, tú puedes ahora señaladamente considerar estas siete.

Primeramente, considera cuán breve sea esta vida, pues el más largo tiempo della es de setenta u ochenta años, porque todo lo demás, si algo queda, como dice el profeta, es trabajo y dolor. Y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que más es vida de bestias que

de hombres, y el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razón, que nos hace hombres, hallaremos ser aún más breve de lo que parece. Y si, sobre todo esto, la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apenas te parecerá un punto. Por do verás cuán desvariados son los que, por gozar deste soplo de vida tan breve, se ponen a perder el descanso de aquella que para siempre ha de durar.

Lo segundo, considera cuán incierta sea esta vida, que es otra miseria sobre la pasada, porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida no está seguro sino dudoso. Porque, ¿cuántos llegan a esos setenta u ochenta años que dijimos? ¡A cuántos se corta la tela en comenzándose a tejer! ¡Cuántos se van en flor, como dicen, o en agraz! «No sabéis -dice el Salvador- cuándo vendrá vuestro señor, si a la mañana, si al mediodía, si a la medianoche, si al canto del gallo.»

Aprovechate ha, para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conocido en este mundo, especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres y señaladas, a las cuales saltó la muerte en diversas edades y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas.

Lo tercero, piensa cuán frágil y quebradiza sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fría, un vaho de un enfermo basta para despojarnos della, como parece por las experiencias cotidianas de muchas personas, a las cuales, en lo más florido de su edad, bastó para derribar cualquier ocasión de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es y cómo nunca permanece en un mismo ser. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanecen en una misma salud y disposición, y cuánta mayor la de los ánimos, que siempre andan, como la mar, alterados con diversos vientos y olas de pasiones y apetitos y cuidados, que a cada hora nos perturban; y finalmente, cuántas sean las mudanzas que dicen de la Fortuna, que nunca consiente mucho permanecer ni en un mismo estado ni en una misma prosperidad y alegría las cosas de la vida humana, sino siempre rueda de un lugar en otro. Y, sobre todo esto, considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues día y noche nunca para, sino siempre va perdiendo de su derecho. Según esto, ¿qué es nuestra vida sino una candela que siempre se está gastando, y mientras más arde y resplandece, más se gasta? ¿Qué es nuestra vida, sino una flor que se abre a la mañana, y al medio día se marchita, y a la tarde se seca?

Pues, por razón desta continua mudanza, dice Dios por Isaías: «Toda carne es heno, y toda la gloria de ella es como la flor del campo». Sobre las cuales palabras dice san Jerónimo: «Verdaderamente, quien considerare la fragilidad de nuestra carne, y cómo en todos los puntos y momentos de tiempos crecemos y decrecemos, sin jamás permanecer en un mismo estado, y cómo esto que ahora estamos hablando, trazando y escudriñando, se está quitando de nuestra vida, no dudará llamar a nuestra carne heno, y toda su gloria como la flor del campo. El que ahora es niño de teta, súbitamente se hace muchacho, y el muchacho, mozo, y el mozo muy aína llega a la vejez, y primero se halla viejo, que se maravilla de ver cómo ya no es mozo. Y la mujer hermosa, que llevaba tras sí las

manadas de los mozuelos locos, muy presto descubre la frente arada con arrugas, y la que antes era amable, de ahí a poco viene a ser aborrecible».

Lo quinto, considera cuán engañosa sea -que por ventura es lo peor que tiene, pues a tantos engaña, y tantos y tan ciegos amadores lleva tras sí-, pues siendo fea nos parece hermosa, siendo amarga nos parece dulce, siendo breve a cada uno la suya le parece larga, y siendo tan miserable parece tan amable, que no hay peligro ni trabajo a que no se pongan los hombres por ella, aunque sea con detrimento de la vida perdurable, haciendo cosas por do vengan a perder la vida perdurable.

Lo sexto, considera cómo, demás de ser tan breve, etc., según está dicho, eso poco que hay de vida está sujeto a tantas miserias, así del ánimo como del cuerpo, que todo ello no es otra cosa sino un valle de lágrimas y un piélagos de infinitas miserias. Escribe san Jerónimo que Jerjes, aquel poderosísimo rey que derribaba los montes y allanaba los mares, como se subiese a un monte alto a ver desde allí un ejército que tenía ayuntado de infinitas gentes, después que lo hubo bien mirado, dice que se paró a llorar, y preguntado por qué lloraba, respondió: «Lloro porque, de aquí a cien años, no estará vivo ninguno de cuantos aquí veo presentes». «¡Oh, si pudiésemos -dice san Jerónimo- subirnos a alguna atalaya, que desde ella pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros pies! Desde ahí verías las caídas y miserias de todo el mundo, y gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos. Verías cómo a unos atormentan, a otros matan; unos se ahogan en la mar, otros son llevados cautivos. Aquí verías bodas, allí planto; aquí matar unos, allí morir otros; unos abundar en riquezas, otros mendigar. Y, finalmente, verías no solamente el ejército de Jerjes, sino a todos los hombres del mundo que ahora son, los cuales de aquí a pocos días acabarán. Discurre por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay, así en todos los estados como en todas las edades de los hombres, y verás aun más claro cuántas sean las miserias desta vida, para que viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, más fácilmente menosprecies todo lo que hay en él.»

A todas estas miserias sucede la última, que es el morir, la cual, así para lo del cuerpo como para lo del ánimo, es la última de todas las cosas terribles, pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del ánimo se ha de determinar entonces lo que para siempre ha de ser.

Todo esto te dará a entender cuán breve y miserable sea la gloria del mundo, pues tal es la vida de los mundanos sobre que se funda, y por consiguiente cuán digna sea ella de ser hollada y menospreciada.

El miércoles

Este día pensarás en el paso de la muerte, que es una de las más provechosas consideraciones que hay, así para alcanzar la verdadera sabiduría como para huir el pecado, como también para comenzar con tiempo a aparejarse para la hora de la cuenta.

Piensa, pues, primeramente cuán incierta es aquella hora en que te ha de saltar la muerte, porque no sabes en qué día, ni en qué lugar, ni en qué estado te tomará. Solamente sabes que has de morir. Todo lo demás está incierto, sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está más descuidado y olvidado della.

Lo segundo, piensa en el apartamiento que allí habrá, no sólo entre todas las cosas que se aman en esta vida, sino también entre el ánima y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas, de la casa y de la hacienda, y de los amigos, y del padre y de la madre y de los hijos, y desta luz y aire común, y finalmente de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan de otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazón cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía trajiste a cuestas el yugo de las cargas desta vida?

Considera también la pena que el hombre allí recibe, cuando se le representa en lo que han de parar el cuerpo y el ánima después de la muerte. Porque del cuerpo ya sabe que no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete pies en largo, en compañía de los otros muertos, mas del ánima no sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber. Ésta es una de las mayores congojas que allí se padecen: saber que hay gloria y pena para siempre, y estar tan cerca de lo uno y de lo otro, y no saber cuál destas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras desta congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que allí se ha de dar, la cual es tal, que hace temblar aún los muy esforzados. De Arsenio se escribe que, estando ya para morir, comenzó a temer. Y como sus discípulos le dijiesen: «Padre, ¿y tú ahora temes?», respondió: «Hijos, no es nuevo en mí ese temor, porque siempre viví con él». Allí, pues, se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada como un escuadrón de enemigos que vienen a dar sobre él. Y los más grandes, y en que mayor deleite recibió, éstos se representan más vivamente y son causa de mayor temor. ¡Oh, cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parecía tan dulce! Por cierto, con mucha razón dijo el Sabio: «No mires al vino cuando está rubio y cuando resplandece en el vidrio su color, porque aunque al tiempo del beber parece blando, mas a la postre muerde como culebra y derrama su ponzoña como basilisco». Éstas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo, éste es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia, por defuera dorado. Pues entonces el hombre miserable, viéndose cercado de tantos acusadores, comienza a temer la tela deste juicio, y a decir entre sí: «Miserable de mí, que tan engañado he vivido y por tales caminos he andado, ¿qué será de mí ahora en este juicio? Si san Pablo dice que lo que el hombre hubiere sembrado, eso cogerá, yo, que ninguna otra cosa he sembrado sino obras de carne, ¿qué espero coger de aquí sino corrupción? Si san Juan dice que en aquella soberana ciudad, que es toda oro limpio, no ha de entrar cosa sucia, ¿qué espera quien tan sucia y tan torpemente ha vivido?»

Después desto suceden los sacramentos de la confesión y comunión, y de la extremaunción, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo. Y así en éste como en los otros debes considerar las ansias y congojas que allí el

hombre padecerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haría entonces si le diesen tiempo para eso, y cómo allí se esforzará a llamar a Dios. Y los dolores y la prisa de la enfermedad apenas le darán lugar.

Mira también aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuán espantosos son y cuán para temer. Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los pies, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, párase el rostro difunto, y la lengua no acierta ya a hacer su oficio, y finalmente, con la prisa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y su virtud. Mas, sobre todo, el ánima es la que allí padece mayores trabajos, porque está batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta que se le apareja. Porque ella naturalmente rehúsa la salida, y ama la estada, y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de las carnes, aún te quedan dos caminos por andar: el uno, acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro, siguiendo el ánima hasta la determinación de su causa, considerando lo que a cada una destas partes acaecerá. Mira, pues, cuál queda el cuerpo después que su ánima lo desampara, cuál es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento, con todo lo que en él pasará, el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos, y finalmente todas las particularidades que allí suelen acaecer, hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido.

Dejado el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del ánima, y mira el camino que llevará por aquella nueva región, y en lo que finalmente parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente a este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin desta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recibido, hasta el cabo del agujeta. Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo, y allí será cada uno juzgado según la cuenta que diere de lo recibido.

El jueves

Este día pensarás en el juicio final, para que con esta consideración se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano, conviene saber, temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

Piensa, pues, primeramente cuán terrible será aquel día, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adán y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel día abrazará en sí los días de todos los siglos presentes, pasados y venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos y en él derramará la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues, ¿qué tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la

indignación divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña cuantos pecados se han hecho desde el principio del mundo?

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán este día, porque, como dice el Salvador, antes que venga este día, habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra. Porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán a caer primero que caigan. Mas los hombres dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquí las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo con tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre o hijo. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo.

Lo tercero, considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del Juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el arcángel para convocar todas las generaciones del mundo a que se junten en un lugar y se hallen presentes en juicio, y sobre todo, la majestad espantable con que ha de venir el Juez.

Después de esto, considera cuán estrecha será la cuenta que allí a cada uno se pedirá. «Verdaderamente -dice Job- no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios. Y si se quisiere poner con él en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder a solo uno.» Pues, ¿qué sentirá entonces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este examen, y allá dentro de su conciencia diga así: «Ven acá, hombre malo, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié a mi imagen y semejanza. Yo te di la lumbre de la fe y te hice cristiano, y te redimí con mi propia sangre. Por ti ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por ti sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen, testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron, testigos el cielo y la tierra delante quien padecí. Pues, ¿qué hiciste desá ánima tuya, que yo con mi sangre hice mía? ¿En cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡Oh generación loca y adúltera!, ¿por qué quisiste más servir a ese enemigo tuyo con trabajo, que a mí, tu redentor y criador, con alegría? Llameos tantas veces, y no me respondisteis; toqué a vuestras puertas, y no despertasteis; extendí mis manos en la cruz, y no las mirasteis; menospreciasteis mis consejos y todas mis promesas y amenazas. Pues decid ahora vosotros, ángeles, juzgad vosotros, jueces, entre mí y mi viña, ¿qué más debí yo hacer por ella de lo que hice?»

Pues, ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron más cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que a todas sus voces estuvieron sordos, a todas sus inspiraciones insensibles, a todos sus mandamientos rebeldes, y a todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no había Dios, y los que con ninguna ley tuvieron cuenta, sino con sólo su interés? «¿Qué

haréis los tales -dice Isaías- en el día de la visitación y calamidad que os vendrá de lejos? ¿A quién pediréis socorro, y qué os aprovechará la abundancia de vuestras riquezas?»

Lo quinto, considera después de todo esto la terrible sentencia que el juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará retañir las orejas de quien la oyere. «Sus labios -dice Isaías- están llenos de indignación, y su lengua es como fuego que traga.» ¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras: «Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles»? En cada una de las cuales palabras tienes mucho que sentir y que pensar: en el apartamiento, en la maldición, en el fuego, en la compañía y, sobre todo, en la eternidad.

El viernes

Este día meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditación también se confirme más tu ánimo en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

Estas penas dice san Buenaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los santos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno, según él mismo dice, como un lago oscuro y tenebroso puesto debajo de la tierra, o como un pozo profundísimo lleno de fuego, o como una ciudad espantable y tenebrosa que toda se arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crujir de dientes.

Pues en este malaventurado lugar se padecen dos penas principales, la una que llaman de sentido, y la otra de daño. Y cuanto a la primera, piensa cómo no habrá allí sentido alguno, dentro ni fuera del ánimo, que no esté penando con su propio tormento. Porque así como los malos ofendieron a Dios con todos sus miembros y sentidos, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará él que cada uno dellos pene con su propio tormento y pague su merecido. Allí los ojos adúlteros y deshonestos padecerán con la visión horrible de los demonios. Allí las orejas, que se dieron a oír mentiras y torpedades, oirán perpetuas blasfemias y gemidos. Allí las narices amadoras de perfumes y olores sensuales serán llenas de intolerable hedor. Allí el gusto, que se regalaba con diversos manjares y golosinas, será atormentado con rabiosa hambre y sed. Allí la lengua murmuradora y blasfema será amargada con la hiel de dragones. Allí el tacto, amator de regalos y blanduras, andará nadando en aquellas heladas que dice Job del río Cocito, y entre los ardores y llamas de fuego. Allí la imaginación padecerá con la aprehensión de los dolores presentes, la memoria con la recordación de los placeres pasados, el entendimiento con la representación de los males advenideros, y la voluntad con grandísimas iras y rabias que los malos tendrán contra Dios. Finalmente, allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar, porque como dice san Gregorio, allí habrá frío que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, visión de demonios, confusión de pecados y desesperación de todos los bienes. Pues dime ahora: si el menor de todos estos males que aquí hay, se padeciese por muy pequeño espacio de

tiempo sería tan recio de llevar, ¿qué será padecer allí en un mismo tiempo toda esta muchedumbre de males, en todos los miembros y sentidos, interiores y exteriores, y esto, no por espacio de una noche sola, ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentidos, qué palabras, qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarecer esto como es?

Pues no es ésta la mayor de las penas que allí se pasan. Otra hay sin comparación mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño, la cual es haber de carecer para siempre de la vista de Dios y de su gloriosa compañía. Porque tanto es mayor una pena, cuanto priva al hombre de mayor bien, y pues Dios es el mayor bien de los bienes, así carecer de él será el mayor mal de los males, cual de verdad éste es.

Éstas son las penas que generalmente competen a todos los condenados. Mas, allende destas penas generales, hay otras particulares, que allí padecerá cada uno conforme a la calidad de su delito. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del envidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así las demás. Allí se tasará el dolor conforme al deleite recibido, y la confusión conforme a la presunción y soberbia, y la desnudez conforme a la demasía y abundancia, y la hambre y sed conforme al regalo, y a la hartura pasada.

A todas estas penas sucede la eternidad del padecer, que es como el sello y la llave de todas ellas. Porque todo esto aun sería tolerable si fuese finito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinación, ni disminución; ni hay esperanza que se acabará jamás, ni la pena, ni el que la da, ni el que la padece, sino que es como un destierro preciso y como un sambenito irremisible, que nunca jamás se quita, esto es cosa para sacar de juicio a quien atentamente lo considera.

De aquí nace aquel odio rabiosísimo que los malaventurados tienen contra Dios, y aquellos reniegos y blasfemias que arrojan contra él, diciendo: «Maldito sea Dios porque nos hizo, y porque nos condenó a muerte, y porque no nos quiere acabar de matar. Maldito sea su poder, pues tan fuertemente nos azota; y maldito su saber, pues ninguna culpa nuestra se le encubre; y maldita su justicia, pues por culpas temporales nos condenó a tormentos eternos. Sea también maldita la cruz, pues nada nos aprovechó su remedio, y maldita la sangre que en ella se derramó, pues clama contra nosotros pidiendo justicia. Sea también maldita la madre de Dios, que para todos fue piadosa, y para nosotros cruel; y malditos cuantos santos hay en el cielo, pues así se huelgan de nuestro mal». Éstas serán sus perpetuas canciones noche y día, y éstos sus perpetuos maitines y salmos en los siglos de los siglos.

El sábado

Este día pensarás en la gloria de los bienaventurados, para que por aquí se mueva tu corazón al menosprecio del mundo, y deseo de la compañía dellos. Pues, para entender algo deste bien, puedes considerar estas cinco cosas, entre otras que hay en él, conviene

saber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos y, finalmente, el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

Primeramente considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza dél, que es admirable. Porque cuando el hombre lee en algunos graves autores que cualquier de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y aun que hay algunas de ellas de tan notable grandeza, que son noventa veces mayores que toda ella, y con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas, y tantos espacios vacíos, donde podrían caber otras tantas muchas más, ¿cómo no se espanta? ¿Cómo no se queda atónito y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho más la de aquel soberano señor que lo crió?

Pues la hermosura dél no se puede explicar con palabras. Porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar, que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos los deleites?

Después de la excelencia del lugar, considera la nobleza de los moradores dél, cuyo número, cuya santidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar. San Juan dice que es tan grande la muchedumbre de los escogidos, que nadie basta para poder contarlos. San Dionisio dice que es tan grande el número de los ángeles, que excede sin comparación al de todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Santo Tomás, conformándose con este parecer, dice que así como la grandeza de los cielos excede a la de la tierra sin proporción, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede a la de todas las cosas materiales que hay en este mundo, con esta misma ventaja. Pues, ¿qué cosa puede ser más admirable? Por cierto, cosa es esta que, si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos todos los hombres. Y si cada uno de aquellos bienaventurados espíritus, aunque sea el menor dellos, es más hermoso de ver que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de espíritus tan hermosos y ver las perfecciones y oficios de cada uno dellos? Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, alégranse las potestades, enseñorean las dominaciones, resplandecen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines y arden los serafines, y todos cantan alabanzas a Dios. Pues si la compañía y comunicación de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires y con todos los escogidos?

Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de aquél a quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y a aquel que, siendo uno, es todas las cosas, y, siendo simplicísimo, abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fue oír y ver al rey Salomón, que decía la reina Sabá: «Bienaventurados los que asisten delante ti, y gozan de tu sabiduría», ¿qué será ver aquel sumo Salomón, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable

hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar della para siempre? Ésta es la gloria esencial de los santos, éste el último fin y puerto de todos nuestros deseos.

Considera después desto la gloria de los cuerpos, los cuales gozarán de aquellas cuatro singulares dotes, que son sutileza, ligereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande que cada uno de ellos resplandecerá como el sol en el reino de su padre. Pues si no más de un sol, que está en medio del cielo, basta para dar luz y alegría a todo este mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán? Pues, ¿qué diré de todos los otros bienes que allí hay? Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza, y honra sin contradicción. Allí será -dice san Agustín- verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al digno, ni se concederá al indigno. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado. El premio de la virtud será el mismo que dio la virtud y se prometió por galardón della, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente y seguro, la compañía muy buena y agradable, el tiempo de una manera, no ya distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Santo siempre florece. Allí todos se alegran, todos cantan y alaban a aquel sumo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan para siempre. ¡Oh ciudad celestial!, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita, pueblo sin murmuración, vecinos quietos, y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh, si se acabase ya esta contienda! ¡Oh, si se concluyesen los días de mi destierro! ¿Cuándo llegará este día? ¿Cuándo vendré y pareceré ante la cara de mi Dios?

El domingo

Este día pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos y encenderte más en el amor de quien tanto bien te hizo. Y aunque estos beneficios sean innumerables, mas puedes tú a lo menos considerar estos cinco mas principales, conviene saber: de la creación, conservación, redención, vocación, con los otros beneficios particulares y ocultos.

Y primeramente, quanto al beneficio de la creación, considera con mucha atención lo que eras antes que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo y te dio ante todo merecimiento, conviene saber, ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima con aquellas tres tan notables potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima fue darte todas las cosas, pues ninguna perfección hay en alguna criatura que el hombre no la tenga en su manera. Por do parece que darnos esta pieza sola fue darnos de una vez todas las cosas juntas.

Cuanto al beneficio de la conservación, mira cuán colgado está todo tu ser de la providencia divina, cómo no vivirías un punto, ni darías un paso, si no fuese por él, cómo todas las cosas del mundo crió para tu servicio: la mar, la tierra, las aves, los peces, los

animales, las plantas, hasta los mismos ángeles del cielo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros socorros temporales. Y sobre todo esto, pondera mucho las miserias y desastres en que cada día ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú también haber caído si Dios, por su piedad, no te hubiera preservado.

Cuanto al beneficio de la redención, puedes considerar dos cosas. La primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que nos dio mediante el beneficio de la redención, y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los males que padeció en su cuerpo y ánima santísima para ganarnos estos bienes. Y para sentir más lo que debes a este señor por lo que por ti padeció, puedes considerar estas cuatro principales circunstancias en el misterio de su sagrada pasión, conviene saber: quién padece, qué es lo que padece, por quién padece, y por qué causa lo padece. ¿Quién padece? Dios. ¿Qué padece? Los mayores tormentos y deshonras que jamás se padecieron. ¿Por quién padece? Por criaturas infernales y abominables, y semejantes a los mismos demonios en sus obras. ¿Por qué causa padece? No por su provecho ni por nuestro merecimiento, sino por las entrañas de su infinita caridad y misericordia.

Cuanto al beneficio de la vocación, considera primeramente cuán grande merced de Dios fue hacerte cristiano, y llamarte a la fe por medio del bautismo, y hacerte también participante de los otros sacramentos. Y si después deste llamamiento, perdida ya la inocencia, te sacó de pecado y volvió a su gracia, y te puso en estado de salud, ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¡Qué tan grande misericordia fue aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cortarte el hilo de la vida, como se cortó a otros en ese mismo estado, y, finalmente, llamarte con tan poderosa gracia que resucitases de muerte a vida, y abrieses los ojos a la luz! ¡Qué misericordia fue, después de ya convertido, darte gracia para no volver al pecado, y vencer al enemigo, y perseverar en lo bueno! Éstos son los beneficios públicos y conocidos. Otros hay secretos, que no los conoce sino el que los ha recibido. Y aun otros hay tan secretos, que el mismo que los recibió no los conoce, sino sólo aquel que los hizo. ¡Cuántas veces habrás en este mundo merecido, por tu soberbia o negligencia o desagradecimiento, que Dios te desamparase, como habrá desamparado a otros muchos por alguna destas causas, y no lo ha hecho! ¡Cuántos males y ocasiones de males habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo y acortándole los pasos, y no dando lugar a sus tratos y consejos! ¡Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que él dijo a san Pedro: «Mira que Satanás andaba muy negociado para aventaros a todos como a trigo, mas yo he rogado por ti que no desfallezca tu fe»! Pues, ¿quién podrá saber estos secretos, sino Dios? Los beneficios positivos bien los puede a veces conocer el hombre, mas los privativos, que no consisten en hacernos bienes sino en librarnos de males, ¿quién los conocerá? Pues así por éstos como por los otros es razón que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuán alcanzados andamos de cuenta, y cuánto más es lo que debemos de lo que le podemos pagar, pues aun no lo podemos entender.

CAPITULO III

Del tiempo y fructo destas meditaciones susodichas

Éstas son, cristiano lector, las primeras siete meditaciones en que puedes filosofar y ocupar tu pensamiento por los días de la semana. No porque no puedas también pensar en otras cosas y en otros días allende de éstos, porque, como ya dijimos, cualquier cosa que induce nuestro corazón a amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, es materia de meditación. Pero señálanse estos pasos que tengo dichos, lo uno, porque son los principales misterios de nuestra fe, y los que, cuanto es de su parte, más nos mueven a lo dicho, y lo otro, porque los principiantes, que han menester leche, tengan aquí casi masticadas y digestas las cosas que pueden meditar, porque no anden como peregrinos en extraña región, discurriendo por lugares inciertos, tomando unas cosas y dejando otras, sin tener estabilidad en alguna.

También es de saber que las meditaciones de esta semana son muy convenientes, como ya dijimos, para el principio de la conversión, que es cuando el hombre de nuevo se vuelve a Dios, porque entonces conviene comenzar por todas aquellas cosas que nos puedan mover a dolor y aborrecimiento del pecado, temor de Dios y menosprecio del mundo, que son los primeros escalones de este camino. Y, por esto, deben los que comienzan perseverar por algún espacio de tiempo en la consideración de estas cosas, para que así se funden más en las virtudes y afectos susodichos.

CAPITULO IV

De las otras siete meditaciones de la Sagrada Pasión, y de la manera que habemos de tener en meditarla

Después de éstas, se siguen las otras siete meditaciones de la sagrada pasión, resurrección y ascensión de Cristo, a la cuales se podrán añadir los otros pasos principales de su vida sacratísima, que se trata en la segunda parte de la *Guía de pecadores*, y en otros lugares. Aquí es de notar que seis cosas se han de meditar en la pasión de Cristo: la grandeza de sus dolores, para compadecernos dellos; la graveza de nuestro pecado, que la causó, para aborrecerlo; la grandeza del beneficio, para agradecerlo; la excelencia de la divina bondad y caridad, que allí se descubre, para amarla; la conveniencia del misterio, para maravillarnos dél; y la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandecen, para imitarlas. Pues conforme a esto, cuando vamos meditando debemos ir inclinando nuestro corazón unas veces a compasión de los dolores de Cristo, pues fueron los mayores del mundo, así por la delicadeza de su cuerpo como por la grandeza de su amor, como también por padecer sin ninguna manera de consolación, como en otra parte está declarado; otras veces debemos tener respecto a sacar de aquí motivos de dolor de nuestros pecados, considerando que ellos fueron la causa de que él padeciese tantos y tan graves dolores como padeció; otras veces debemos sacar de aquí motivos de amor y de agradecimiento, considerando la grandeza del amor que él por aquí nos descubrió, y la grandeza del beneficio que nos hizo, redimiéndonos tan copiosamente, con tanta costa suya y tanto provecho nuestro.

Otras veces debemos levantar los ojos a pensar la conveniencia del medio que Dios tomó para curar nuestra miseria, esto es, para satisfacer por nuestras deudas, para socorrer a nuestras necesidades, para merecernos su gracia y humillar nuestra soberbia e inducirnos al menosprecio del mundo, al amor de la cruz, de la pobreza, de la aspereza, de las injurias y de todos los otros virtuosos y honestos trabajos.

Otras veces debemos poner los ojos en los ejemplos de virtudes que en su sacratísima vida y muerte resplandecen, en su mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, pobreza, aspereza, caridad, humildad, benignidad, modestia, y en todas las otras virtudes que en todas su obras y palabras más que las estrellas en el cielo resplandecen, para imitar algo de lo que en él vemos porque no tengamos ocioso el espíritu y gracia que de él para esto recibimos, y así caminemos a él por él. Ésta es la más alta y la más provechosa manera que hay de meditar la pasión de Cristo, que es por vía de imitación, para que por la imitación vengamos a la transformación, y así podamos ya decir con el apóstol: «Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.»

Demás de esto, conviene en todos estos pasos tener a Cristo ante los ojos presente, y hacer cuenta que le tenemos delante cuando padece, y tener cuenta, no sólo con la historia de la pasión, sino también con todas las circunstancias de ella, especialmente con estas cuatro: quién padece, por quién padece, cómo padece, por qué causa padece. ¿Quién padece? Dios todopoderoso, infinito, inmenso, etc. ¿Por quién padece? Por la más ingrata y desconocida criatura del mundo. ¿Cómo padece? Con grandísima humildad, caridad, benignidad, mansedumbre, misericordia, paciencia, modestia, etc. ¿Por qué causa padece? No por algún interés suyo ni merecimiento nuestro, sino por solas las entrañas de su infinita piedad y misericordia. Demás de esto, no se contente el hombre con mirar lo que por defuera padece, sino mucho más lo que padece de dentro, porque mucho más hay que contemplar en el ánima de Cristo, que en el cuerpo de Cristo, así en el sentimiento de sus dolores, como en los otros afectos y consideraciones que en ella había.

Presupuesto, pues, ahora este pequeño preámbulo, comencemos a repetir y poner por orden los misterios de esta sagrada pasión.

Síguense las otras siete meditaciones de la sagrada pasión

El lunes

Este día, hecha la señal de la cruz, con la preparación que adelante se pone, se ha de pensar el lavatorio de los pies y la institución del Santísimo Sacramento.

Considera, pues, ¡oh ánima mía!, en esta cena a tu dulce y benigno Jesús, y mira el ejemplo inestimable de humildad que aquí te da, levantándose de la mesa y lavando los pies a sus discípulos. ¡Oh buen Jesús!, ¿qué es eso que haces? ¡Oh dulce Jesús!, ¿por qué

tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, ánima mía, si vieras allí a Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas? ¡Oh cruel!, ¿cómo no te ablanda el corazón esa tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo cordero? ¿Es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo? ¡Oh blancas y hermosas manos!, ¿cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? ¡Oh purísimas manos!, ¿cómo no tenéis asco de lavar los pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡Oh apóstoles bienaventurados!, ¿cómo no tembláis, viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el señor de la majestad te lave los pies? Maravillado y atónito san Pedro, como viese al Señor arrodillado delante sí, comenzó a decir: «¿Tú, señor, lavas a mí los pies? ¿No eres tú hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues, ¿tú me quieres a mí lavar los pies? Tú, señor de tanta majestad y gloria, ¿quieres entender en oficio de tan gran bajeza?», etc.

Considera también cómo, acabando de lavar los pies, los limpia con aquel sagrado lienzo que estaba ceñido. Y sube más arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra redención. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de los pies sucios. Así, allí ellos quedaron limpios, y el lienzo quedaría manchado y sucio después de hecho este oficio. ¿Qué cosa más sucia que el hombre concebido en pecado, y qué cosa más limpia y más hermosa que Cristo concebido de Espíritu Santo? «Blanco y colorado es mi amado -dice la Esposa-, y escogido entre millares.» Pues éste tan hermoso y tan limpio quiso recibir en sí toda las manchas y fealdades de nuestras ánimas, y dejándolas limpias y libres dellas, él quedó, como lo ves, en la cruz mancillado y afeado con ellas.

Después desto, considera aquellas palabras con que dio fin el Salvador a esta historia diciendo: «Ejemplo os he dado, para que, como yo lo hice, así vosotros lo hagáis». Las cuales palabras, no sólo se han de referir a este paso y ejemplo de humildad, sino también a todas las obras y vida de Cristo, porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de la que en este lugar se nos representa.

De la institución del Santísimo Sacramento

Para entender algo deste misterio has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su esposa la Iglesia, y por consiguiente a cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una dellas es también esposa suya. Pues queriendo este esposo dulcísimo partirse desta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia, porque esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejóle por memorial este santísimo sacramento, en que se quedaba él mismo, no queriendo que entre él y ella hubiese otra prenda que despertase su memoria, sino sólo él. Quería también el esposo en esta ausencia tan larga dejar a su esposa compañía, porque no se quedase sola, y dejóle la deste sacramento, donde se queda él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar. Quería también entonces ir a padecer muerte por la esposa, y redimirla, y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese cuando quisiese gozar

deste tesoro, dejóle las llaves dél en este sacramento, porque, como dice san Crisóstomo, todas las veces que nos llegamos a él, debemos pensar que llegamos a poner la boca en el costado de Cristo y bebemos de aquella preciosa sangre, y nos hacemos participantes dél. Deseaba otrosí este celestial esposo ser amado de su esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido deste amor.

Quería también asegurarla y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que, con la esperanza deste bien, pasase alegremente por todos los otros trabajos y asperezas desta vida. Pues para que la esposa tuviese cierta y segura la esperanza deste bien, dejóle acá en prendas ese inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

Quería también, a la hora de su muerte, hacer testamento y dejar a la esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle ésta, que era la más preciosa y provechosa que le pudiera dejar, pues en ella le deja a Dios. Quería, finalmente, dejar a nuestras ánimas suficiente provisión y mantenimiento con que viviesen, porque no tiene menor necesidad el ánima de su propio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Pues para esto ordenó este tan sabio médico, el cual tan bien tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza, este sacramento, y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituía nos declarase el efecto que obraba y la necesidad que nuestras ánimas dél tenían, no menor que la que los cuerpos tienen de su propio manjar.

El martes

Este día pensarás en la Oración del Huerto, y en la prisión del Salvador, y en la entrada y afrentas de la casa de Anás. Considera, pues, primeramente, cómo, acabada aquella misteriosa cena, se fue el Señor con sus discípulos al Monte Olivete a hacer oración, antes que entrase en la batalla de su pasión, para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones desta vida habemos siempre de recorrer a la oración como a una sagrada ánora, por cuya virtud, o nos será quitada la carga de la tribulación, o se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Para compañía deste camino tomó consigo aquellos tres más amados discípulos, san Pedro, Santiago y san Juan, los cuales habían sido testigos de su gloriosa transfiguración, para que ellos mismos vieses cuán diferente figura tomaba ahora por amor de los hombres el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima que los que por defuera comenzaba a descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: «Triste está mi ánima hasta la muerte; esperadme aquí y velad conmigo». Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos cuanto un tiro de piedra, y postrado en tierra con grandísima reverencia comenzó su oración, diciendo: «Padre, si es posible, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú». Y, hecha esta oración tres veces, a la tercera fue puesto en tan grande agonía,

que comenzó a sudar gotas de sangre, que iban por todo su sagrado cuerpo hilo a hilo hasta caer en tierra.

Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo, representándosele allí todos los tormentos que había de padecer, y aprendiendo perfectísimamente tan crueles dolores como se aparejaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo, por los cuales padecía, y el desagradecimiento de tantas ánimas que no habían de reconocer este beneficio ni aprovecharse de tan grande y tan costoso remedio, fue su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dio lugar a la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia, que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola recudida padecía estos dolores, tal estaba, ¿qué tal estaría el ánima, que derechamente los padecía? Mira después cómo, acabada la oración, llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado, y hecho adalid y capitán del ejército de Satanás. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegado al buen Maestro, lo vendió con beso de falsa paz. En aquella hora dijo el Señor a los que le venían a prender: «Así como a ladrón salisteis a mí con espadas y lanzas, y habiendo yo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos en mí; mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas». Éste es un misterio de grande admiración. ¿Qué cosa de mayor espanto que ver al Hijo de Dios tomar imagen, no solamente de pecador, sino también de condenado? «Ésta es -dice él- vuestra hora y el poder de las tinieblas.» De las cuales palabras se saca que por aquella hora fue entregado aquel inocentísimo cordero en poder de los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus ministros ejecutasen en él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Piensa, pues, ahora tú hasta dónde se abajó aquella alteza divina por ti, pues llegó al postrero de todos los males, que es a ser entregado en poder de los demonios. Y porque la pena que tus pecados merecían era ésta, él se quiso poner a esta pena porque tú quedases libre della.

Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos con aquel manso cordero, y unos lo arrebatában por una parte, otros por otra, cada uno como más podía. ¡Oh, cuán inhumanamente le tratarían! ¡Cuántas descortesías le dirían! ¡Cuántos golpes y estirones le darían! ¡Qué gritos y voces alzarían, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas santas manos, que poco antes habían obrado tantas maravillas, y átanlas muy fuertemente con unos lazos corredizos hasta desollarle los cueros de los brazos y hasta hacerle reventar la sangre, y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ignominia. Míralo muy bien cuál va por este camino, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, la color mudada, y el rostro ya encendido y sonroseado por la prisa del caminar. Y contempla en tan mal tratamiento de su persona tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino, que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser oscurecido.

Luego puedes ir con el Señor a la casa de Anás, y mira cómo allí, respondiendo el Señor cortésmente a la pregunta que el pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de

aquellos malvados que presentes estaban dio una gran bofetada en su rostro, diciendo: «¿Así has de responder al pontífice?» Al cual el Salvador benignamente respondió: «Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?» Mira, pues, aquí, ¡oh ánima mía!, no solamente la mansedumbre desta respuesta, sino también aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella medida de ojos tan serenos y tan sin turbación en aquella afrenta, y aquella ánima santísima en lo interior, tan humilde y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo demandara.

El miércoles

Este día pensarás en la presentación del Señor ante el pontífice Caifás, y en los trabajos de aquella noche, y en la negación de san Pedro y azotes a la columna.

Primeramente, considera cómo, de la primera casa de Anás, llevan al Señor a la del pontífice Caifás, donde será razón que lo vayas acompañando, y ahí verás eclipsado el sol de justicia y escupido aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles. Porque como el Salvador, siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese a esta pregunta lo que convenía, aquellos que tan indignos eran de tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéronse contra él como perros rabiosos, y allí descargaron sobre él todas sus iras y rabias. Allí todos a porfía le dan de bofetones y pescozones, allí le escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro, allí le cubren los ojos con un paño, y dándole bofetadas en la cara, juegan con él diciendo: «Adivina quién te dio». ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿Rostro era ése para escupir en él? Al rincón más despreciado suelen volver los hombres la cara cuando quieren escupir, ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar más despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza?

Después de esto, considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa. Porque los soldados que lo guardaban escarnecían dél, como dice san Lucas, y tomaban por medio, para vencer el sueño de la noche, estar burlando y jugando con el señor de la majestad. Mira, pues, ¡oh ánima mía!, cómo tu dulce esposo está puesto como blanco a las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡Oh noche cruel! ¡Oh noche desasosegada, en la cual, oh buen Jesús, no dormías, ni dormían los que tenían por descanso atormentarte! La noche fue ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros, cansados de los trabajos del día, descansasen, y ésta toman ahora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro y atormentando tus oídos, porque en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en ti pensasen y trabajasen. ¡Qué maitines éstos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los ángeles en el cielo! Allí dicen: «Santo, santo». Acá dicen: «Muera, muera; crucifícalo, crucifícalo». ¡Oh ángeles del paraíso, que las unas y las otras voces oíais!, ¿qué sentíais viendo tan maltratado en la tierra aquél a quien vosotros con tanta reverencia tratáis en el cielo? ¿Qué sentíais viendo que Dios

tales cosas padecía por los mismos que tales cosas hacían? ¿Quién jamás oyó tal manera de caridad, que padezca uno muerte por librar de la muerte al mismo que se la da?

Crecieron, sobre esto, los trabajos de aquella noche dolorosa con la negación de san Pedro. Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la transfiguración, aquel entre todos honrado con el principado de la Iglesia, ese primero que todos, no una sino tres veces, en presencia del mismo Señor, jura y perjura que no lo conoce ni sabe quién es. ¡Oh Pedro!, ¿tan mal hombre es ese que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aún haberle conocido? Mira que eso es condenarle tú primero que los pontífices, pues das a entender que él sea persona tal, que tú mismo te deshonras de conocerlo. Pues, ¿qué mayor injuria puede ser que ésta? Volvióse entonces el Salvador, y miró a Pedro, y vánsele los ojos tras aquella oveja que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y éstas sí. Mas no solamente hablan, sino también obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro cuanto de los ojos de Cristo. Después de todas estas injurias, considera los azotes que el Salvador padeció a la columna. Porque el juez, visto que no podía aplacar la furia de aquellas infernales fieras, determinó hacer en él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer a la rabia de aquellos tan crueles corazones, para que, contentos con esto, dejasen de pedirle la muerte. Entra, pues, ahora, ánima mía, con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, y cómo él se deja desnudar dellos con tanta humildad, sin abrir la boca ni responder palabra a tantas descortesías como allí le harían. Mira cómo luego atan aquel santo cuerpo a una columna, para que así lo pudiesen herir más a su placer donde y como ellos más quisiesen. Mira cuán solo estaba allí el señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni valedores que hiciesen por él, ni aun siquiera ojos que se compadeciesen dél. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad a descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verás luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre y correr a hilos por todas partes. Mas, sobre todo esto, ¡qué sería ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaría abierta, donde principalmente caían todos los golpes!

Considera luego, acabados los azotes, cómo el Señor se cubriría, y cómo andaría por todo aquel pretorio buscando sus vestiduras en presencia de aquellos crueles carniceros, sin que nadie le sirviese ni ayudase, ni proveyese de ningún lavatorio ni refrigerio de los que se suelen dar a los que así quedan llagados. Todas éstas son cosas dignas de grande sentimiento, agradecimiento y consideración.

El jueves

Este día se ha de pensar la coronación de espinas, y el *Ecce homo*, y cómo el Salvador llevó la cruz a cuestas. A la consideración destes pasos tan dolorosos nos convida la esposa en el libro de los *Cantares* por estas palabras: «Salid, hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el día de su desposorio y en el día del alegría de su corazón». ¡Oh ánima mía!, ¿qué haces? Corazón mío, ¿qué piensas? Lengua mía, ¿cómo has enmudecido? ¡Oh dulcísimo salvador mío!, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso que aquí se me pone delante, el corazón se me parte de dolor. Pues, ¿cómo, señor, no bastaban ya los azotes pasados y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza, a quien los azotes perdonaron? Pues para que sientas algo, ánima mía, deste paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua deste señor y la gran excelencia de sus virtudes, y luego vuelve a mirar de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la medida de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneración.

Y, después que así lo hubieres mirado y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos a mirarlo tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo de dentro y fuera, el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano. Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. A ti mismo te pon en lugar del que padece, y mira lo que sentirías si, en una parte tan sensible como es la cabeza, te hincasen muchas y muy agudas espinas que penetrasen hasta los huesos. ¿Y qué digo espinas? Una sola punzada de un alfiler que fuese, apenas lo podrías sufrir. Pues, ¿qué sentiría aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormentos?

Acabada la coronación y escarnios del Salvador, tomólo el juez por la mano así como estaba tan maltratado, y sacándolo avista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce homo*, como si dijera: si por envidia le procurábades la muerte, veislo aquí tal que no está para tenerle envidia, sino lástima. ¿Temíais no se hiciese rey? Veislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. Destas manos atadas, ¿qué os teméis? A este hombre azotado, ¿qué más le demandáis?

Por aquí puedes entender, ánima mía, qué tal saldría entonces el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traía para quebrar el corazón de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasión de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales que bastaban, según el juez creyó, para ablandar aquellos tan fieros corazones.

Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel santo cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el pretorio y sentóse en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya a las puertas aparejada la

cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando a la cabeza del Salvador. Dada, pues, ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad a otra, que fue cargar sobre aquellas espaldas, tan molidas y despedazadas con los azotes pasados, el madero de la cruz. No rehusó con todo esto el piadoso señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor.

Camina, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio, con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndolo mucha gente y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no había de derramar lágrimas, viendo al rey de los ángeles caminar paso a paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra él?

Entretanto, ánima mía, aparta un poco los ojos deste cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen, y cuando a ella llegares, derribado ante sus pies, comienza a decirle con dolorosa voz: «¡Oh señora de los ángeles, reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia, y suma de toda perfección! ¡Ay de mí, señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vista para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son más palabras? Dejo a tu unigénito hijo y mi señor en manos de sus enemigos, con una cruz a cuestas para ser en ella justiciado».

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó ese dolor a la Virgen? Desfalleció aquí su ánima y cubrióse la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y también para mayor corona.

Camina, pues, la Virgen en busca del hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, y el tropel de las gentes, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto. Halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del hijo y guiarla sin otra guía. Acércase más y más a su amado hijo, y tiende sus ojos, oscurecidos con el dolor y sombra de la muerte, para ver, si pudiese, al que tanto amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura.

Finalmente, llegada ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una a otra, y atraviéanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas, mas al corazón de la madre hablaba el del hijo dulcísimo y le decía: «¿Para qué viniste aquí, paloma mía, querida mía y madre mía? Tu dolor acrecienta al mío, y tus tormentos atormentan a mí. Vuélvete, madre mía,

vuélvete a tu posada, que no pertenece a tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones».

Éstas, y otras más lastimeras palabras, se hablarían aquellos piadosos corazones, y desta manera se anduvo aquel trabajoso camino hasta el lugar de la cruz.

El viernes

Este día se ha de contemplar el misterio de la cruz y las siete palabras que el Señor habló. Despierta, pues, ahora, ánima mía, y comienza a pensar el misterio desta santa cruz, por cuyo fruto se reparó el daño de aquel venenoso fruto del árbol vedado. Mira primeramente cómo, llegado ya el Salvador a este lugar, aquellos perversos enemigos, porque fuese más vergonzosa su muerte, lo desnudan de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto a bajo, sin costura alguna. Mira, pues, aquí con cuánta mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo cordero, sin abrir su boca ni hablar palabra contra los que así lo trataban, antes de muy buena voluntad consentía ser despojado de sus vestiduras y quedar a la vergüenza desnudo, porque con ellas se cubriese, mejor que con las hojas de higuera, la desnudez en que por el pecado caímos.

Dicen algunos doctores que, para desnudar al Señor esta túnica, le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenía en la cabeza, y después de ya desnudo se la volvieron a poner y a hincarle otra vez las espinas por el cerebro, que sería cosa de grandísimo dolor. Y es de creer cierto que usarían desta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con él en todo el proceso de su pasión, mayormente diciendo el evangelista que hicieron en él todo lo que quisieron. Y como la túnica estaba pegada a las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron, como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados, despegáronse de golpe, y con tanta fuerza, que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera, que el santo cuerpo quedó por todas partes abierto y como descortezado, y hecho todo una grande llaga que por todas partes manaba sangre.

Considera, pues, aquí, ánima mía, la alteza de la divina bondad y misericordia, que en este misterio tan claramente resplandece. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura es aquí despojado de todas sus vestiduras. Considera el frío que padecería aquel santo cuerpo, estando como estaba despedazado y desnudo, no sólo de sus vestiduras, sino también de los cueros y de la piel, y con tantas puertas de llagas abiertas por todo él. Y si estando san Pedro vestido y calzado la noche antes padecía frío, ¿cuánto mayor lo padecería aquel delicadísimo cuerpo, estando tan llagado y desnudo?

Después desto considera cómo el Señor fue enclavado en la cruz, y el dolor que padecería al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las más sensibles y más delicadas partes del más delicado de todos los cuerpos. Y mira también lo que la Virgen sentiría cuando viese con sus ojos y oyese con sus oídos los crueles y duros golpes que

sobre aquellos miembros divinales tan a menudo caían. Porque verdaderamente aquellas martilladas y clavos, al hijo pasaban las manos, mas a la madre herían el corazón.

Mira cómo luego levantaron la cruz en alto, y la fueron a hincar en un hoyo que para esto tenían hecho, y cómo, según eran crueles los ministros, al tiempo del asentar la dejaron caer de golpe, y así se estremecería todo aquel santo cuerpo en el aire, y se rasgarían más los agujeros de los clavos, que sería cosa de intolerable dolor.

Pues, ¡oh Salvador y redentor mío!, ¿qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor, pues en este día se partieron las piedras, considerando lo que padeces en esta cruz? Cercádote han, señor, dolores de muerte, y embestido han sobre ti todos los vientos y olas de la mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, señor, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazón, tu ánima está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, rey mío, cosido con un madero. No hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro; dellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos que tienen atravesados. Cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. Pues la santa cabeza, atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sostendría? ¡Oh, cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que dellos recibirá será hincarse más las espinas por el cerebro.

Crecieron los dolores del hijo con la presencia de la madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para ti, ¡oh buen Jesús!, en este día, una para el cuerpo, y otra para el ánima. La una es de pasión, la otra de compasión; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podría, ¡oh buen Jesús!, declarar lo que sentías cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada en la cruz, cuando veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor; cuando tendías los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánimo, sin muerte ya más que muerto, y aquellos ríos de lágrimas que de sus purísimos ojos salían, y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho exprimidos con el peso de tan gran dolor?

Después desto puedes considerar aquellas siete palabras que el Señor habló en la cruz. De las cuales la primera fue: «Padre, perdona a éstos, que no saben lo que se hacen». La segunda al ladrón: «Hoy serás conmigo en el paraíso». La tercera a su madre santísima: «Mujer, cata ahí a tu hijo». La cuarta: «Sed he». La quinta: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?» La sexta: «Acabado es». La séptima: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Mira, pues, ¡oh ánima mía!, con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre, con cuánta misericordia recibió al ladrón que le confesaba, con qué entrañas encomendó la piadosa madre al amado discípulo, con cuánta sed y ardor mostró que deseaba la salud de los hombres, con cuán dolorosa voz derramó su oración y pronunció su tribulación ante el acatamiento divino, cómo llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre, y cómo finalmente le encomendó su espíritu y se resignó todo en sus benditísimas manos. Por do parece cómo en cada una destas palabras está encerrado un singular documento de virtud. En la primera se nos encomienda la caridad para con los enemigos; en la segunda, la misericordia para con los pecadores; en la tercera, la piedad para con los padres; en la cuarta, el deseo de la salud de los prójimos; en la quinta, la oración en las tribulaciones y desamparos de Dios; en la sexta, la virtud de la obediencia y perseverancia; y en la séptima, la perfecta resignación en las manos de Dios, que es la suma de toda nuestra perfección.

El sábado

Este día se ha de contemplar la lanzada que se dio al Salvador, y el descendimiento de la cruz, con el llanto de nuestra señora y oficio de la sepultura.

Considera, pues, cómo, habiendo ya expirado el Salvador en la cruz, y cumpliéndose el deseo de aquellos crueles enemigos que tanto deseaban verle muerto, aún después de esto no se apagó la llama de su furor. Porque, con todo esto, se quisieron más vengar y encarnizar en aquellas santas reliquias, que quedaron partiendo y echando suertes sobre sus vestiduras, y rasgando su sagrado pecho con una lanza cruel. ¡Oh crueles ministros! ¡Oh corazones de hierro! ¿Y tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo, que no le queréis perdonar aun después de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande, que no se aplaque cuando ve al enemigo muerto delante sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro y aquella amarillez y sombra de muerte, que aunque seáis más duros que el hierro y que el diamante y que vosotros mismos, viéndolos os amansaréis.

Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremeciéndose la cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh río que sales del paraíso y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres, que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón! ¡Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones, herida que hieres las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable!

Después desto, considera cómo aquel mismo día en la tarde, llegaron aquellos dos santos varones, José y Nicodemus, y arrimadas sus escaleras a la cruz, descendieron en brazos el

cuerpo del Salvador. Como la Virgen vio que, acabada ya la tormenta de la pasión, llegaba el sagrado cuerpo a tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide, pues, con grande humildad a aquella noble gente que, pues no se había despedido de su hijo, ni recibido dél los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, que la dejen ahora llegar a él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se lo quitan muerto.

Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de la paz!, llorad con esta sagrada Virgen; llorad, cielos; llorad, estrellas del cielo; y todas las criaturas del mundo, acompañad el llanto de María. Abrázase la madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos -para solo esto le quedaban fuerzas-, mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la sacratísima madre con la sangre del hijo, y riégase la del hijo con las lágrimas de la madre. ¡Oh dulce madre!, ¿y es ése por ventura vuestro dulcísimo hijo? ¿Es ése el que concebiste con tanta gloria y pariste con tanta alegría? Pues, ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirabais? Lloraban todos los que presentes estaban, lloraban aquellas santas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el santo evangelista y, abrazado con el cuerpo de su maestro, decía: «¡Oh buen maestro y señor mío!, ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cuyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido ésta tan extraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos, dándome alegría de vida, y ahora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto. ¿Éste es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿Ésta es aquella figura más clara que el sol de mediodía?»

Lloraba también aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador, decía: «¡Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi ánima!, si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh, cuán de otra manera tuve yo estos pies, y los lavé, cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas, quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡Oh vida de mi ánima!, ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto?»

Destá manera lloraban y lamentaban toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada, pues, ya la hora de la sepultura, envuelven el santo cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan con él al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazón de la madre con una oscura niebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su hijo, allí comienza de nuevo a sentir su soledad, allí se ve ya desposeída de todo su bien, allí se le queda el corazón sepultado donde quedaba su tesoro.

El domingo

Este día podrás pensar la descendida del Señor al limbo, y el aparecimiento a nuestra señora y a la santa Magdalena y a los discípulos, y después el misterio de su gloriosa Ascensión.

Cuanto a lo primero, considera qué tan grande sería el alegría que aquellos santos padres del limbo recibirían este día con la visitación y presencia de su libertador, y qué gracias y alabanzas le darían por esta salud tan deseada y esperada. Dicen los que vuelven de las Indias Orientales en España, que tienen por bien empleado todo el trabajo de la navegación pasada, por el alegría que reciben el día que vuelven a su tierra. Pues si esto hace la navegación y destierro de un año o de dos años, ¿qué haría el destierro de tres o cuatro mil años el día que recibiesen tan gran salud, y viniesen a tomar puerto en la tierra de los vivientes?

Considera también el alegría que la sacratísima Virgen recibiría este día con la vista del hijo resucitado, pues es cierto que, así como ella fue la que más sintió los dolores de su pasión, así fue la que más gozó del alegría de su resurrección. Pues, ¿qué sentiría cuando viese ante sí su hijo vivo y glorioso, acompañado de todos aquellos santos padres que con él resucitaron? ¿Qué haría? ¿Qué diría? ¿Cuáles serían sus abrazos y besos, y las lágrimas de sus ojos piadosos, y los deseos de irse tras él si le fuera concedido?

Considera el alegría de aquellas santas Marías, y especialmente de aquella que perseveraba llorando par del sepulcro, cuando viese al amado de su ánima, y se derribase a sus pies, y hallase resucitado y vivo al que buscaba y deseaba ver siquiera muerto. Y mira bien que, después de la madre, a aquella primero apareció que más amó, más perseveró, más lloró, más solícitamente le buscó, para que así tengas por cierto que hallarás a Dios si con estas mismas lágrimas y diligencia lo buscares.

Considera de la manera que apareció a los discípulos que iban a Emaús, en hábito de peregrino, y mira cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y, en cabo, cuán amorosamente se les descubrió, y los dejó con toda la miel y suavidad en los labios. Sean, pues, tales tus pláticas cuales eran las de éstos, y trata con dolor y sentimiento lo que trataban éstos, que eran los dolores y trabajos de Cristo, y ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía, si tuvieres siempre esta memoria.

Acerca del misterio de la Ascensión, considera primeramente cómo dilató el Señor esta subida a los cielos por espacio de cuarenta días, en los cuales apareció muchas veces a sus discípulos, y los enseñaba y platicaba con ellos del reino de Dios. De manera que no quiso subir a los cielos ni apartarse dellos hasta que los dejó tales, que pudiesen con el espíritu subir al cielo con él. Donde verás que aquéllos desampara muchas veces la presencia corporal de Cristo, esto es, la consolación sensible de la devoción, que pueden ya con el espíritu volar a lo alto, y están más seguros del peligro. En lo cual maravillosamente resplandece la providencia de Dios y la manera que tiene en tratar a los suyos en diversos tiempos: cómo regala los flacos, y ejercita los fuertes; da leche a los

pequeñuelos, y desteta a los grandes; consueta los unos, y prueba los otros, y así trata a cada uno según el grado de su aprovechamiento. Por donde, ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza, ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

En presencia de los discípulos, y viendo ellos, subió al cielo, porque ellos habían de ser testigos destes misterios, y ninguno es mejor testigo de las obras de Dios, que el que las sabe por experiencia. Si quieres saber de veras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para con los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor, de su providencia y de sus consolaciones, pregúntalo a los que lo han probado, que éstos te darán dello sufficientísimo testimonio. Quiso también que le viesen subir a los cielos para que le siguiesen con los ojos y con el espíritu, para que sintiesen su partida, para que les hiciese soledad su ausencia, porque éste era el más conveniente aparejo para recibir su gracia. Pidió Eliseo a Elías su espíritu, y respondióle el buen maestro: «Si vieres cuando me parto de ti, será lo que pediste». Pues aquéllos serán herederos del espíritu de Cristo, a quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo, los que sintieren su ausencia y quedaren en este destierro suspirando siempre por su presencia. Así lo sentía aquel santo varón que decía: «Fuístete, consolador mío, y no te despediste de mí; yendo por tu camino bendijiste a los tuyos, y no lo vi; los ángeles prometieron que volverías, y no lo oí», etc.

Pues, ¡cuál sería la soledad, el sentimiento, las voces y las lágrimas de la sacratísima Virgen, del amado discípulo, y de la santa Magdalena, y de todos los apóstoles, cuando viesen írseles y desaparecer de sus ojos aquel que tan robados tenía sus corazones! Y, con todo esto, se dice que volvieron a Jerusalén con grande gozo, por lo mucho que le amaban. Porque el mismo amor que les hacía sentir tanto su partida, por otra parte les hacía gozarse de su gloria. Porque el verdadero amor no se busca a sí, sino al que ama.

Resta considerar con cuánta gloria, con qué alegría y con qué voces y alabanzas sería recibido aquel noble triunfador en la ciudad soberana, cuál sería la fiesta y el recibimiento que le harían, qué sería ver allí ayuntados en uno hombres y ángeles, y todos a una caminar a aquella ciudad y poblar aquellas sillas desiertas de tantos años, y subir sobre todos aquella sacratísima humanidad, y sentarse a la diestra del Padre. Todo es mucho de considerar, para que se vea cuán bien empleados son los trabajos por amor de Dios, y cómo el que se humilló y padeció más que todas las criaturas es aquí engrandecido y levantado sobre todas ellas, para que por aquí entiendan los amadores de la verdadera gloria el camino que han de llevar para alcanzarla, que es descender para subir, y ponerse debajo de todos para ser levantados sobre todos.

CAPITULO V

De seis cosas que pueden intervenir en el ejercicio de la oración

Estas son, cristiano lector, las meditaciones en que te puedes ejercitar los días de la semana, para que así no te falte materia en que pensar. Mas aquí es de notar que antes

de esta meditación pueden preceder algunas cosas, y seguirse después otras que están anejas y son como vecinas de ellas.

Porque, primeramente, antes que entremos en la meditación, es necesario aparejar el corazón para este santo ejercicio, que es como quien templa la vihuela para tañer.

Después de la preparación se sigue la lección del paso que se ha de meditar en aquel día, según el repartimiento de los días de la semana como arriba lo tratamos. Lo cual, sin duda, es necesario a los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar.

Después de la meditación se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y un ofrecimiento de toda nuestra vida, y de la de Cristo nuestro salvador, en recompensa de ellos.

La última parte es la petición, que propiamente se llama oración, en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud, como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas seis cosas pueden intervenir en la oración, las cuales, entre otros provechos, tienen también éste, que dan al hombre más copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que si no pudiere comer de uno, coma de otro, y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditación, entre luego en otra donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

Bien veo que ni todas estas partes ni esta orden es siempre necesaria, mas todavía servirá esto a los que comienzan para que tengan alguna orden e hilo por donde se puedan al principio regir. Y, por esto, de ninguna cosa que aquí dijere quiero que se haga ley perpetua ni regla general. Porque mi intento no fue hacer ley, sino introducción para imponer a los nuevos en este camino, en el cual después que hubieren entrado, el uso y la experiencia, y mucho más el Espíritu Santo, les enseñará lo demás.

CAPITULO VI

De la preparación que se requiere para antes de la oración

Ahora será bien que tratemos en particular de cada una de estas partes susodichas, y primero de la preparación, que es la primera de todas.

Puesto en el lugar de la oración de rodillas o en pie o en cruz o postrado, o sentado, si de otra manera no pudiere estar, hecha primero la señal de la cruz, recogerá su imaginación y apartarla ha de todas las cosas de esta vida, y levantará su entendimiento arriba considerando que lo mira nuestro señor. Y estará allí con aquella atención y reverencia como que realmente le tuviese presente. Y con un general arrepentimiento de sus pecados, si es la oración de la mañana, dirá la confesión general, y si es la oración de la noche, examinará su conciencia de todo lo que aquel día ha pensado, hablado y obrado y

oído, y del olvido que de nuestro señor ha tenido. Y doliéndose de los defectos de aquel día y de todos los de la vida pasada, y humillándose delante la divina majestad ante quien está, dirá aquellas palabras del santo patriarca: «Hablaré a mi señor, aunque sea polvo y ceniza». Y luego dirá aquellos versos del salmo: «A ti levanté mis ojos, que moras en los cielos. Así como los ojos de los siervos están puestos en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora, así están puestos nuestros ojos en nuestro señor, esperando que haya misericordia de nosotros».

«Ten misericordia de nosotros, señor, ten misericordia de nosotros.» *Gloria Patri*, etc. Y porque no somos, señor, poderosos para pensar cosa buena de nuestra parte, sino que toda nuestra suficiencia es de Dios, ni nadie puede invocar dignamente el nombre de Jesús sino con favor del Espíritu Santo, por tanto, «ven, ¡oh dulcísimo Espíritu!, y envía desde el cielo los rayos de tu luz. Ven, ¡oh padre de los pobres!; ven, ¡oh dador de las lumbres!; ven, lumbre de los corazones; ven, consolador muy bueno, y dulce huésped de nuestra ánima, y dulce refrigerio de ella. En el trabajo su descanso, en el ardor del estío su templanza, y en las lágrimas su consuelo. ¡Oh luz beatísima!, hinche lo íntimo del corazón de tus fieles».

Ver. *Emitte spiritum tuum*, etc.

Res. *Et renovabis*.

Oratio. *Deus qui corda*, etc.

Dicho esto, suplicará luego a nuestro señor que le dé gracia para que esté allí con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia que conviene para estar ante tan soberana majestad, y que así gaste aquel tiempo de la oración, que salga della con nuevas fuerzas y aliento para todas las cosas de su servicio. Porque la oración que no pare luego este fruto, muy imperfecta es y de muy bajo valor.

CAPITULO VII

De la lección

Acabada la preparación, se sigue luego la lección de lo que se ha de meditar en la oración. La cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino atenta y sosegada, aplicando a ella no sólo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad para gustar lo que se entiende. Y cuando hallare algún paso devoto, deténgase algo más en él para mejor sentirlo. Y no sea muy larga la lección, porque se dé más tiempo a la meditación, que es tanto de mayor provecho cuanto rumia y penetra las cosas más despacio y con más afecto. Pero cuando tuviere el corazón tan distraído que no pueda entrar en la oración, puédese detener algo más en la lección, o ayuntar en uno la lección con la meditación, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro y otro de la misma manera. Porque yendo desta manera atado el entendimiento a las palabras de la lección, no tiene tanto lugar de derramarse por diversas partes como cuando va libre y suelto. Aunque mejor sería pelear en desechar los pensamientos, y perseverar y luchar, como otro Jacob, toda la noche en el trabajo de la oración. Porque al fin, acabada la batalla, se

alcanza la victoria, dando nuestro señor la devoción u otra gracia mayor, la cual nunca se niega a los que fielmente pelean.

CAPITULO VIII

De la meditación

Después de la lección se sigue la meditación del paso que habemos leído. Y ésta, unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginación, como son todos los pasos de la vida y pasión de Cristo, el juicio final, el infierno y el paraíso; otras es de cosas que pertenecen más al entendimiento que a la imaginación, como es la consideración de los beneficios de Dios y de su bondad, justicia y misericordia, o cualquier otra de sus perfecciones.

Esta meditación se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, según que la materia de las cosas lo requiere. Y cuando la meditación es imaginaria, habemos de figurar cada cosa desta de la manera que ella es, o de la manera que pasaría, y hacer cuenta que en el propio lugar donde estamos pasa todo aquello en presencia nuestra. Porque con esta representación de las cosas sea más viva la consideración y sentimiento dellas. Y aun imaginar que pasan estas cosas dentro de nuestro corazón es mejor. Que, pues caben en él ciudades y reinos, mejor cabrá la representación destos misterios, y ayudará esto mucho para traer el ánima recogida, ocupándose dentro de sí misma, como abeja dentro de su corcho, en labrar su panal de miel. Porque ir con el pensamiento a Jerusalén a meditar las cosas que allí pasaron en sus propios lugares, es cosa que suele enflaquecer y hacer daño a las cabezas. Y por esta misma razón no debe el hombre hincar mucho la imaginación en las cosas que piensa, por no fatigar con esta vehemente aprehensión la naturaleza.

CAPITULO IX

Del hacimiento de gracias

Después de la meditación se sigue el hacimiento de gracias. Para lo cual se debe tomar ocasión de la meditación pasada, haciendo gracias a nuestro señor por el beneficio que en aquello nos hizo. Como si la meditación fue de la Pasión, debe dar gracias a nuestro señor porque nos redimió con tantos trabajos; y si fue de los pecados, porque lo esperó tanto tiempo a penitencia; y si de las miserias desta vida, por las muchas de que lo ha librado; y si del paso de la muerte, porque lo libró de los peligros della y esperó a penitencia; y si de la gloria del paraíso, porque lo crió para tanto bien. Y así de los demás.

Con estos beneficios juntará todos los otros de que arriba tratamos, que son el beneficio de la creación, conservación, redención, vocación, etc. Y así, dará gracias a nuestro señor, porque lo hizo a su imagen y semejanza, y le dio memoria para que se acordase dél, entendimiento para que lo conociese, voluntad para que le amase; y porque le dio un

ángel que lo guardase de tantos trabajos y peligros, y de tantos pecados mortales, y de la muerte cuando estaba en ellos, que no fue menos que librarlo de la muerte eterna; y porque tuvo por bien de tomar nuestra naturaleza y morir por nosotros; y porque le hizo nacer de padres cristianos y le dio el sagrado bautismo, y en él le dio su gracia, y prometió su gloria, y le recibió por hijo adoptivo; y porque le dio armas para pelear contra el demonio y el mundo y la carne, en el sacramento de la confirmación; y porque le dio a sí mismo en el sacramento del altar; y porque le dio el sacramento de la penitencia para tornar a cobrar la gracia perdida por el pecado mortal; y por las muchas buenas inspiraciones que siempre le ha enviado y envía; y por el ayuda que le dio para orar y bien obrar y perseverar en el bien comenzado. Y con estos beneficios junte los demás beneficios generales y particulares que conoce haber recibido de nuestro señor. Y por éstos, y por todos los otros, así públicos como secretos, dé todas cuantas gracias pudiere, y convide a todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, para que le ayuden a este oficio. Y con este espíritu podrá decir, si quisiere, aquel cántico: *Benedicite omnia opera Domini Domino, laudate et superexaltate*, etc. O el salmo: *Benedic, anima mea, Domino, et omnia quae intra me sunt nomini sancto ejus. Benedic anima mea Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus. Qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas. Qui redimit de interitu viam tuam, qui coronat te in misericordia et miserationibus*, etc.

CAPITULO X

Del ofrecimiento

Dadas de todo corazón al Señor las gracias por todos estos beneficios, luego naturalmente prorrumpo el corazón en aquel afecto del profeta David, que dice: «¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho?» A este deseo satisface el hombre, en alguna manera, dando y ofreciendo a Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrecerle.

Y, para esto, primeramente debe ofrecer a sí mismo por perpetuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos para que haga dél todo lo que quisiere, en tiempo y en eternidad, y ofrecer juntamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padeciere, para que todo sea a gloria y honra de su santo nombre.

Lo segundo, ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo, y todos los trabajos que en este mundo por su obediencia padeció, desde el pesebre hasta la cruz, pues todos ellos son hacienda nuestra y herencia que él nos dejó en el Nuevo Testamento, por el cual nos hizo herederos de todo este gran tesoro. Y así como no es menos mío lo dado de gracia que lo adquirido por mi lanza, así no son menos míos los méritos y el derecho que él me dio, que si yo los hubiera sudado y trabajado por mí. Y, por esto, no menos puede ofrecer el hombre esta segunda ofrenda que la primera, recontando por su orden todos estos servicios y trabajos, y todas las virtudes de su vida santísima, su obediencia, su paciencia, su humildad, su fidelidad, su caridad, su misericordia, con todas las demás. Porque ésta es la más rica y más preciosa ofrenda que le podemos ofrecer.

CAPITULO XI

De la petición

Ofrecida tan rica ofrenda, seguramente podemos pedir luego mercedes por ella. Y, primeramente, pidamos con gran afecto de caridad y con celo de la honra de nuestro señor que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como a su único y verdadero Dios y señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del profeta: «Confiésente los pueblos, señor, confiésente los pueblos». Roguemos también por las cabezas de la Iglesia, como son papa, cardenales, obispos, con todos los otros ministros y prelados inferiores, para que el Señor los rijan y alumbre de tal manera, que lleven todos los hombres al conocimiento y obediencia de su criador. Y asimismo debemos rogar, como lo aconseja san Pablo, por los reyes y príncipes, y por todos los que están constituidos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada, porque esto es acepto delante de Dios nuestro salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico: por los justos, que el Señor los conserve, y por los pecadores, que los convierta, y por los difuntos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo y los lleve al descanso de la vida perdurable. Roguemos también por todos los pobres, enfermos, encarcelados, cautivos, etc., que Dios, por los méritos de su Hijo, los ayude y libre de mal.

Y después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros. Y qué sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará a cada uno, si bien se conociere. Mas, para mayor facilidad desta doctrina, podemos pedir las mercedes siguientes:

Primeramente pidamos, por los méritos y trabajos deste señor, perdón de todos nuestros pecados y enmienda dellos, y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios a que somos más inclinados y más tentados, descubriendo todas estas llagas a aquel médico celestial, para que él las sane y las cure con la unción de su gracia.

Lo segundo, pidamos aquellas altísimas y nobilísimas virtudes en que consiste la suma de toda la perfección cristiana, que son: fe, esperanza, amor, temor, humildad, paciencia, obediencia, fortaleza para todo trabajo, pobreza de espíritu, menosprecio de mundo, discreción, pureza de intención, con otras semejantes virtudes que están en la cumbre deste espiritual edificio. Porque la fe es la primera raíz de la cristiandad, la esperanza es el báculo y remedio contra las tentaciones desta vida, la caridad es fin de toda la perfección cristiana, el temor de Dios es principio de la verdadera sabiduría, la humildad es el fundamento de todas las virtudes, la paciencia es armadura contra los golpes y encuentros del enemigo, la obediencia es una muy agradable ofrenda donde el hombre ofrece a sí mismo a Dios en sacrificio, la discreción es los ojos con que el ánima ve y anda todos sus caminos, y la fortaleza los brazos con que hace todas sus obras, y la pureza de intención la que refiere y endereza todas nuestras obras a Dios.

Lo tercero, pidamos luego las otras virtudes que, además de ser ellas de suyo muy principales, sirven para la guarda destas mayores, como son la templanza en comer y beber, la moderación de la lengua, la guarda de los sentidos, la mesura y composición del hombre exterior, la suavidad y buen ejemplo para los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, con otras virtudes semejantes.

Después desto, acabe con la petición del amor de Dios, y en ésta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos, pues en ella consiste todo nuestro bien. Y podrá decir así:

Petición especial del amor de Dios

Sobre todas estas virtudes, dame, señor, gracia para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! ¡Oh el más amado de los amados! ¡Oh esposo florido, esposo suave, esposo meliflúo! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh hermoso y claro día de la eternidad, y serena luz de mis entrañas, y paraíso florido de mi corazón! ¡Oh amable principio mío, y suma suficiencia mía!

Apareja, Dios mío, apareja, señor, una agradable morada para ti en mí, para que, según la promesa de tu santa palabra, vengas a mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada a tus ojos, y hazme hombre según tu corazón. Hierde, señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y embriágalas con el vino de tu perfecta caridad. ¡Oh!, ¿cuándo será esto? ¿Cuándo te agradeceré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay contrario a ti en mí? ¿Cuándo seré del todo tuyo? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? ¿Cuándo ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará toda la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu eficazísima suavidad? ¿Cuándo abrirás a este pobre mendigo, y le descubrirás el hermosísimo reino tuyo, que está dentro de mí, el cual eres tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrebatarás, anegarás y transportarás y esconderás en ti, donde nunca más parezca? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me harás un espíritu contigo, para que nunca ya me pueda más apartar de ti?

¡Oh amado, amado, amado de mi ánima! ¡Oh dulzura, dulzura de mi corazón! Óyeme, señor, no por mis merecimientos, sino por tu infinita bondad. Enséñame, alumbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas, para que ninguna cosa se haga ni diga, sino lo que fuere a tus ojos agradable. ¡Oh Dios mío, amado mío, entrañas mías, bien de mi ánima! ¡Oh amor mío dulce! ¡Oh deleite mío grande! ¡Oh fortaleza mía, oh vida mía, valedme; luz mía, guíadme!

¡Oh Dios de mis entrañas!, ¿por qué no te das al pobre? ¿Hinchas los cielos y la tierra, y mi corazón dejas vacío? Pues vistes los lirios del campo, y guisan de comer a las avejillas, y mantienes los gusanos, ¿por qué te olvidas de mí, pues a todos olvidas por ti? Tarde te conocí, bondad infinita; tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva. ¡Triste

del tiempo que no te amé! ¡Triste de mí, pues no te conocía! ¡Ciego de mí, que no te veía! Estabas dentro de mí, y yo andaba a buscarte por defuera. Pues aunque te hallé tarde, no permitas, señor, por tu divina clemencia, que jamás te deje.

Y porque una de las cosa que más te agradan y más hieren tu corazón es tener ojos para saberte mirar, dame, señor, esos ojos con que te mire, conviene saber, ojos de paloma sencillos, ojos castos y vergonzosos, ojos humildes y amorosos, ojos devotos y llorosos, ojos atentos y discretos para entender tu voluntad y cumplirla. Para que, mirándote yo con estos ojos, sea de ti mirado con aquellos ojos con que miraste a san Pedro cuando le hiciste llorar su pecado; con aquellos ojos con que miraste al hijo pródigo cuando le saliste a recibir y le diste beso de paz; con aquellos ojos con que miraste al publicano cuando él no osaba alzar los ojos al cielo; con aquellos ojos con que miraste a la Madgalena cuando ella lavaba tus pies con las lágrimas de los suyos; finalmente, con aquellos ojos con que miraste a la esposa en los *Cantares*, cuando le dijiste: «Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres; tus ojos son de paloma, para que agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, le des aquellos arreos de virtudes y gracias con que siempre te parezca hermosa».

¡Oh altísima, clementísima, benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, un solo Dios verdadero! Enséñame, enderezame y ayúdame, señor, en todo. ¡Oh Padre todopoderoso!, por la grandeza de tu infinito poder asienta y confirma mi memoria en ti, e hínchela de santos y devotos pensamientos. ¡Oh Hijo santísimo!, por la eterna sabiduría tuya clarifica mi entendimiento y adórnalo con el conocimiento de la suma verdad y de mi extremada vileza. ¡Oh Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo!, por tu incomprendible bondad traspasa en mí toda tu voluntad, y enciéndela con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas lo puedan apagar! ¡Oh Trinidad sagrada, único Dios mío y todo mi bien! ¡Oh, si pudiese yo alabarte y amarte como te alaban y aman todos los ángeles! ¡Oh, si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena gana te lo daría y traspasaría en ti, aunque ni éste bastaría para amarte como tú mereces! Tú sólo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque tú solo comprendes tu incomprendible bondad, y así tú solo la puedes amar cuanto ella merece, de manera que en solo ese divinísimo pecho se guarda justicia de amor.

¡Oh María, María, María, virgen santísima, madre de Dios, reina del cielo, señora del mundo, sagrario del Espíritu Santo, lirio de pureza, rosa de paciencia, paraíso de deleites, espejo de castidad, dechado de inocencia! Rueda por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima caridad. ¡Oh vosotros, bienaventurados santos y santas, y vosotros, bienaventurados espíritus, que así ardéis en el amor de vuestro criador, y señaladamente vosotros, serafines, que abrasáis los cielos y la tierra con vuestro amor!, no desamparéis este pobre y miserable corazón, sino limpiadlo como los labios de Isaías de todos sus pecados, y abrasadlo con la llama de ese vuestro ardentísimo amor, para que a sólo este señor ame, a él solo busque, en él solo repose y more en los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO XII

De algunos avisos que se deben tener en este santo ejercicio

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para dar materia de consideración, que es una de las principales partes deste negocio. Porque la menor parte de la gente tiene suficiente materia de consideración, y así, por falta de ella, faltan, muchos en este ejercicio. Ahora diremos sumariamente de la manera y forma que en esto se podrá tener. Y aunque de esta materia el principal maestro sea el Espíritu Santo, pero todavía la experiencia nos ha mostrado ser necesarios algunos avisos en esta parte. Porque el camino para ir a Dios es arduo y tiene necesidad de guía, sin la cual muchos andan mucho tiempo perdidos y descaminados.

I

Sea, pues, el primer aviso éste, que cuando nos pusiéremos a considerar alguna cosa de las susodichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados a ella, que tengamos por mal hecho salir de aquella a otra, cuando halláremos en ella más devoción, más gusto o más provecho. Porque, como el fin de todo esto sea la devoción, lo que más sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor. Aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conocida. Asimismo, si en algún paso de su oración o meditación sintiere más gusto o devoción que en otro, deténgase en él todo el espacio que le durare este afecto, aunque todo el tiempo del recogimiento se le vaya en eso. Porque como el fin de todo esto sea la devoción, como dijimos, yerro sería buscar en otra parte con esperanza dudosa lo que ya tenemos en las manos cierto.

II

Sea el segundo, que trabaje el hombre por escusar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento, y procure de tratar este negocio más con afectos y sentimientos de la voluntad, que con discursos y especulaciones del entendimiento. Porque sin duda no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración a meditar los misterios divinos, como si los estudiasen para predicar, lo cual más es derramar el espíritu que recogerlo, y andar más fuera de sí que dentro de sí. De donde nace que, acabada su oración, se quedan secos y sin jugo de devoción, y tan fáciles y ligeros para cualquier liviandad como lo estaban antes. Porque en hecho de verdad los tales no han orado, sino hablado y estudiado, que es un negocio bien diferente de la oración. Deberían los tales considerar que, en este ejercicio, más nos llegamos a escuchar que a hablar. Pues, para acertar en este negocio, lléguese el hombre con corazón de una viejecica ignorante y humilde, y más con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y aficionarse a las cosas de Dios, que con entendimiento despabilado y atento para escudriñarlas, porque esto es propio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

III

El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento y entregar todo este negocio a la voluntad. Mas el presente pone también su tasa y medida a la misma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha de alcanzar a fuerza

de brazos, como algunos piensan, los cuales con demasiados ahincos y tristezas forzadas, y como hechizas, procuran alcanzar lágrimas y compasión cuando piensan en la pasión del Salvador, porque esto suele secar más el corazón y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña Casiano. Y, demás desto, suelen estas cosas hacer daño a la salud corporal, y a veces dejan el ánima tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme tornar otra vez al ejercicio, como a cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Conténtese, pues, el hombre con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente a lo que el Señor padeció, mirando con una vista sencilla y sosegada, y con un corazón tierno y compasivo, y aparejado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiere dar, lo que por él padeció, más dispuesto para recibir el afecto que su misericordia le diere, que para exprimirlo a fuerza de brazos. Y esto hecho, no se congoje por lo demás cuando no le fuere dado.

IV

De todo lo susodicho podremos colegir cuál sea la manera de atención que debemos tener en la oración, porque aquí principalmente conviene tener el corazón no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado a lo alto. Mas así como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento de corazón, así, por otra parte, conviene que esta atención sea templada y moderada, porque no sea dañosa a la salud, ni impida a la devoción. Porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos a lo que piensan, como ya dijimos. Y otros hay que, por huir deste inconveniente, están allí muy flojos y remisos, y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir destes extremos conviene llevar tal medio que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza, ni con el mucho descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por do quisiere. De manera que, así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa que lleve la rienda tiesa, conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atrás ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra atención moderada y no forzada, con cuidado y no con fatiga congojosa.

Mas particularmente conviene avisar que, al principio de la meditación, no fatiguemos la cabeza con demasiada atención, porque cuando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha priesa a caminar.

V

Mas, entre todos estos avisos, el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio, cuando no siente luego aquella blandura de devoción que él desea. Necesario es con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque a la gloria de su majestad, y a la bajeza de nuestra condición, y a la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando a las puertas de su palacio sagrado.

Pues cuando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo, si el Señor viniere, dale gracias por su venida. Y si te pareciere que no viene, humíllate delante dél y conoce que no mereces lo que no te dieron, y conténtate con haber allí hecho sacrificio de ti mismo y negado tu propia voluntad y crucificado tu apetito y luchado con el demonio y contigo mismo, y hecho a lo menos eso que era de tu parte. Y si no adoraste al Señor con la

adoración sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como él quiere ser adorado. Y créeme cierto que éste es el paso más peligroso desta navegación, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si deste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te pareciese que era tiempo perdido perseverar en la oración y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendría por inconveniente que, después de haber hecho lo que es en ti, tomases algún libro devoto y trocasses por entonces la oración por la lección, con tanto que el leer fuese, no corrido ni apresurado, sino reposado y con mucho sentimiento de lo que vas leyendo, mezclando muchas veces en sus lugares la oración con la lección, lo cual es cosa muy provechosa y muy fácil de hacer a todo género de personas, aunque sean muy rudas y principiantes en este camino.

VI

Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halla en su oración, como hacen algunos, que en derramando una lagrimilla o sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que han ya cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta, para que la tierra fructifique, un pequeño rocío de agua, que no hace más que matar el polvo y mojar la tierra por defuera, sino que es menester tanta agua, que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje harta de agua para que pueda fructificar, así también es acá necesaria la abundancia deste rocío y agua celestial para dar fruto de buenas obras. Pues, por esto, con mucha razón se aconseja que tomemos para este santo ejercicio el más largo espacio que pudiéremos. Y mejor sería un rato largo que dos cortos, porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginación y quietar el corazón, y después de ya quieto, levantámonos del ejercicio cuando lo hubiéramos de comenzar.

Y descendiendo más en particular a limitar este tiempo, paréceme que todo lo que es menos de hora y media, o dos horas, es corto plazo para la oración. Porque muchas veces se pasa más que media hora en templar la vihuela y en quietar, como dije, la imaginación, y todo el otro espacio es menester para gozar del fruto de la oración. Verdad es que, cuando este ejercicio se tiene después de algunos otros santos ejercicios, como es después de maitines, o después de haber oído o dicho misa, o después de alguna devota lección u oración vocal, más dispuesto se halla el corazón para este negocio, y así, como en leña seca, muy más presto se enciende este fuego celestial. También el tiempo de la madrugada sufre ser más corto, porque es el más aparejado de cuantos hay para este oficio. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el templo, porque si esto no queda por su negligencia, aquel que todas las criaturas provee conforme a su necesidad y naturaleza, proveerá a él también según la suya.

VII

Conforme a este documento se da otro semejante a él. Y es que cuando el ánima fuere visitada, en la oración o fuera della, con alguna particular visitación del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece, porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora, que sin él en muy

muchos días. Así se dice que lo hacía san Francisco, de quien escribe san Buenaventura que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que si andando camino lo visitaba nuestro señor con alguna particular visitación, hacía ir delante los compañeros, y él estabase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del cielo. Los que así no lo hacen suelen comúnmente ser castigados con esta pena, que no hallen a Dios cuando lo buscaren, pues cuando él los buscaba no los halló.

VIII

El último y más principal aviso sea que procuremos en este santo ejercicio de juntar en uno la meditación con la contemplación, haciendo de la una escalón para subir a la otra. Para lo cual es de saber que el oficio de la meditación es considerar con estudio y atención las cosas divinas, discurriendo de unas en otras para mover nuestro corazón a algún afecto y sentimiento de ellas, que es como quien hiere un pedernal para sacar alguna centella dél. Mas la contemplación es haber ya sacado esta centella, quiero decir, haber ya hallado ese afecto y sentimiento que se buscaba, y estar con reposo y silencio gozando dél, no con muchos discursos y especulaciones del entendimiento, sino con una simple vista de la verdad. Por lo cual dice un santo doctor que la meditación discurre con trabajo y con fruto, mas la contemplación sin trabajo y con fruto: la una busca, la otra halla; la una rumia el manjar, la otra lo gusta; la una discurre y hace consideraciones, la otra se contenta con una simple vista de las cosas, porque tiene ya el amor y gusto de ellas; finalmente, la una es como medio, la otra como fin; la una como camino y movimiento, y la otra como término de este camino y movimiento.

De aquí se infiere una cosa muy común que enseñan todos los maestros de la vida espiritual, aunque poco entendida de los que la leen, conviene saber, que así como alcanzado el fin cesan los medios, como tomado el puerto cesa la navegación, así cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación, llegare al reposo y gusto de la contemplación, debe por entonces cesar de aquella piadosa y trabajosa inquisición, y contento con una simple vista y memoria de Dios, como si lo tuviese presente, gozar de aquel afecto que se le da, ora sea de amor, ora de admiración, o de alegría, o cosa semejante. La razón por que esto se aconseja es porque como el fin de todo este negocio consista más en el amor y afectos de la voluntad, que en la especulación del entendimiento, cuando ya la voluntad está presa y tomada de este afecto, debemos excusar todos los discursos y especulaciones del entendimiento, en cuanto nos sea posible, para que nuestra ánima con todas sus fuerzas se emplee en esto, sin derramarse por los actos de otras potencias. Y por esto aconseja un doctor que, así como el hombre se sintiere inflamado del amor de Dios, debe luego dejar todos estos discursos y pensamientos, por muy altos que parezcan, no porque sean malos, sino porque entonces son impeditivos de otro bien mayor, que no es otra cosa más que cesar el movimiento llegado al término, y dejar la meditación por amor de la contemplación. Lo cual señaladamente se puede hacer al fin de todo el ejercicio, que es después de la petición del amor de Dios de que arriba tratamos: lo uno porque se presupone ya entonces que el trabajo del ejercicio pasado habrá parido algún afecto y sentimiento de Dios, pues, como dice el Sabio, más vale el fin de la oración que el principio, y lo otro porque después del trabajo de la meditación y oración es razón que el hombre dé un poco de huelga al entendimiento y le deje reposar en los brazos de la contemplación.

Pues en este tiempo deseche el hombre todas las imaginaciones que se le ofrecieren, acalle el entendimiento, quiete la memoria y fíjela en nuestro señor, considerando que está en su presencia, no especulando por entonces cosas particulares de Dios. Conténtese con el conocimiento que de él tiene por fe, y aplique la voluntad y el amor, pues éste solo le abraza, y en él está el fruto de toda la meditación, y el entendimiento es casi nada lo que de Dios puede conocer, y puédele la voluntad mucho amar. Enciérrese dentro de sí mismo en el centro de su ánima, donde está la imagen de Dios, y allí esté atento a él, como quien escucha al que habla de alguna torre alta, o como que le tuviese dentro de su corazón, y como que en todo lo criado no hubiese otra cosa sino sola ella y solo él. Y aun de sí misma y de lo que hace se había de olvidar, porque como decía uno de aquellos padres, aquella es perfecta oración, donde el que está orando no se acuerda que está orando. Y no sólo al fin del ejercicio, sino también al medio, y en cualquier otra parte que nos tomare este sueño espiritual, cuando está como adormecido el entendimiento y vela la voluntad, debemos hacer esta pausa y gozar deste beneficio, y volver a nuestro trabajo acabado de digerir y gustar aquel bocado, así como hace el hortelano cuando riega una era, que después de llena de agua, detiene el hilo de la corriente, y deja empapar y difundirse por las entrañas de la tierra seca la que ha recibido, y esto hecho, torna a soltar el hilo de la fuente, para que aun reciba más y más y quede mejor regada. Mas lo que entonces el ánima siente, lo que goza, la luz y la hartura y la caridad y paz que recibe, no se puede explicar con palabras, pues aquí está la paz que excede todo sentido y la felicidad que en esta vida se puede alcanzar.

Algunos hay tan tomados del amor de Dios, que apenas han comenzado a pensar en él, cuando luego la memoria de su dulce nombre les derrite las entrañas. Los cuales tienen tan poca necesidad de discursos y consideraciones para amarle, como la madre o la esposa para regalarse con la memoria de su hijo o esposo cuando le hablan dél. Y otros que, no sólo en el ejercicio de la oración, sino fuera dél, andan tan absortos y tan empapados en Dios, que de todas las cosas y de sí mismos se olvidan por él. Porque si esto puede muchas veces el amor furioso de un perdido, ¿cuánto más lo podrá el amor de aquella infinita hermosura, pues no es menos poderosa la gracia que la naturaleza y que la culpa? Pues cuando esto el ánima sintiere, en cualquiera parte de la oración que lo sienta, en ninguna manera lo debe desechar, aunque todo el tiempo del ejercicio se gastase en esto sin rezar o meditar las otras cosas que tenía determinadas, si no fuesen de obligación, porque así como dice san Agustín que se ha de dejar la oración vocal cuando alguna vez fuese impedimento de la devoción, así también se debe dejar la meditación cuando fuese impedimento de la contemplación.

Donde también es mucho de notar que, así como nos conviene dejar la meditación por la afección, para subir de menos a más, así por el contrario a veces convendrá dejar la afección por la meditación, cuando la afección fuese tan vehemente, que se temiese peligro a la salud perseverando en ella, como muchas veces acaece a los que sin este aviso se dan a estos ejercicios y los toman sin discreción, atraídos con la fuerza de la divina suavidad. Y en tal caso como éste dice un doctor que es buen remedio salir algún afecto de compasión, meditando un poco en la pasión de Cristo, o en los pecados y miserias del mundo, para aliviar y desahogar el corazón.

SEGUNDA PARTE

Deste tratado que habla de la devoción

CAPITULO I

Qué cosa sea devoción

El mayor trabajo que padecen las personas que se dan a la oración es la falta de devoción que muchas veces en ella sienten. Porque cuando ésta no falta, ninguna cosa hay más dulce ni más fácil que orar. Por esta razón, ya que habemos tratado de la materia de la oración y del modo que en ella se podrá tener, será bien que tratemos ahora de las cosas que ayudan a la devoción, y también de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes de las personas devotas, y de algunos avisos que para este ejercicio serán necesarios. Mas primero hará mucho al caso declarar qué cosa sea devoción, porque sepamos antes qué tal sea la joya por que militamos.

Devoción dice santo Tomás que es una virtud, la cual hace al hombre pronto y hábil para toda virtud, y le despierta y facilita para el bien obrar. La cual definición manifiestamente de clara la necesidad y utilidad grande de esta virtud, porque en ella está encerrado más de lo que algunos pueden pensar.

Para lo cual es de saber que el mayor impedimento que tenemos para bien vivir, es la corrupción de la naturaleza, que nos vino por el pecado, de la cual procede una grande inclinación que tenemos para el mal, y una grande dificultad y pesadumbre para el bien. Y estas dos cosas nos hacen dificultosísimo el camino de la virtud, siendo ella de suyo la cosa más dulce, más hermosa, más amable, más honrosa del mundo. Pues contra esta dificultad y pesadumbre proveyó la divina sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devoción. Porque así como el viento cierzo esparce las nubes y deja el cielo sereno y escombrado, así la verdadera devoción sacude de nuestra ánima toda esta pesadumbre y dificultad, y la deja por entonces habilitada y desembarazada para todo bien. Porque esta virtud, de tal manera es virtud, que también es un especial don del Espíritu Santo, un rocío del cielo, un socorro y visitación de Dios, alcanzado por la oración, cuya condición es pelear contra esta dificultad, despedir esta tibieza, dar esta prontitud, henchir el ánima de buenos deseos, alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad, encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos, causar hastío del mundo y aborrecimiento de pecado, y dar al hombre por entonces otro fervor, otro espíritu y otro esfuerzo y aliento para bien obrar. De manera que así como Sansón, cuando tenía cabellos, tenía mayores fuerzas que todos los otros hombres del mundo, y cuando éstos le faltaban era tan flaco como todos los otros, así lo es también el ánima del

cristiano cuando tiene esta devoción y cuando no la tiene. Esto es, pues, lo que santo Tomás quiso significar en aquella definición, y ésta es sin duda la mayor alabanza que se puede decir de esta virtud, que siendo una sola, es como un estímulo y aguijón de todas las otras. Y por esto, el que de verdad desea caminar por el camino de las virtudes, no vaya sin estas espuelas, porque nunca podrá sacar de harona a su mala bestia, si va sin ellas.

De lo dicho parece claro qué cosa sea la verdadera y esencial devoción. Porque no es devoción aquella ternura de corazón o consolación que sienten algunas veces los que oran, sino esta prontitud y aliento para bien obrar. De donde muchas veces acaece hallarse lo uno sin lo otro, cuando el Señor quiere probar los suyos. Verdad es que de esta devoción y prontitud muchas veces nace aquella consolación; y, por el contrario, esta misma consolación y gusto espiritual acrecienta la devoción esencial, que es aquella prontitud y aliento para bien obrar. Y, por esta causa, los siervos de Dios pueden con mucha razón desear y pedir estas alegrías y consolaciones, no por el gusto que en ellas hay, sino porque son causa del acrecentamiento desta devoción que nos habilita para el bien obrar, como lo significó el profeta cuando dijo: «Por el camino de tus mandamientos, señor, corrí, cuando dilataste mi corazón», conviene saber, con el alegría de tu consolación, que fue causa desta ligereza.

Pues de los medios por do se alcanza esta devoción pretendemos ahora aquí tratar. Y porque con esta virtud andan juntas todas las otras que tienen especial familiaridad con Dios, por eso, tratar de los medios por do se alcanza la devoción es tratar de los medios por do se alcanza la perfecta oración, y la contemplación, y las consolaciones del Espíritu Santo, y el amor de Dios, y la sabiduría del cielo, y aquella unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual; y es, finalmente, tratar de los medios por do se alcanza el mismo Dios en esta vida, que es aquel tesoro del evangelio y aquella preciosa margarita por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas sus cosas. Por do parece que ésta es una altísima teología, pues aquí se enseña el camino para el sumo bien, y paso por paso se arma una escalera para alcanzar el fruto de la felicidad, según que en esta vida se puede alcanzar.

CAPITULO II

De nueve cosas que ayudan a alcanzar la devoción

Las cosas, pues, que ayudan a la devoción son muchas. Porque, primeramente, hace mucho al caso tomar estos santos ejercicios muy de veras y muy a pechos, con un corazón muy determinado y ofrecido a todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por arduo y dificultoso que sea. Porque es cierto que ninguna cosa grande hay que no sea muy dificultosa, y así también lo es ésta, a lo menos a los principios.

Ayuda también la guarda del corazón de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas las turbaciones y movimientos

apasionados, pues está claro que cada cosa de éstas impide la devoción, y que no menos conviene tener el corazón templado para orar y meditar, que la vihuela para tañer.

Ayuda también la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos y de los oídos y de la lengua, porque por la lengua se derrama el corazón, y por los ojos y oídos se hinche de diversas imaginaciones de cosas con que se perturba la paz y sosiego del ánimo. Por donde con razón se dice que el contemplativo ha de ser sordo y ciego y mudo, porque cuanto menos se derramare por defuera, tanto más recogido estará de dentro.

Ayuda para esto mismo la soledad, porque no sólo quita las ocasiones de distraimiento a los sentidos y al corazón, y las ocasiones de los pecados, sino también convida al hombre a que more dentro de sí mismo, y trate con Dios y consigo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que ésta.

Ayuda otrosí la lección de los libros espirituales y devotos, porque dan materia de consideración y recogen el corazón y despiertan la devoción, y hacen que el hombre, de buena gana, piense en aquello que le supo dulcemente; mas antes siempre se representa a la memoria lo que abunda en el corazón.

Ayuda la memoria continua de Dios, y el andar siempre en su presencia, y el uso de aquellas breves oraciones que san Agustín llama jaculatorias, porque éstas guardan la casa del corazón y conservan el calor de la devoción, como arriba se platicó, y así se halla el hombre a cada hora pronto para llegarse a la oración. Éste es uno de los principales documentos de la vida espiritual, y uno de los mayores remedios para aquellos que ni tienen tiempo ni lugar para darse a la oración. Y el que trajere siempre este cuidado, en poco tiempo aprovechará muy mucho.

Ayuda también la continuación y perseverancia en los buenos ejercicios en sus tiempos y lugares ordenados, mayormente a la noche o a la madrugada, que son los tiempos más convenientes para la oración, como toda la *Escritura* nos enseña.

Ayudan las asperezas y abstinencias corporales, la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina y otras cosas semejantes, porque todas estas cosas, así como nacen de devoción, así también despiertan, conservan y acrecientan la raíz de donde nacen.

Ayudan, finalmente, las obras de misericordia, porque nos dan confianza para parecer delante de Dios, y acompañan nuestras oraciones con servicios, porque no se puedan llamar del todo ruegos secos, y merecen que sea misericordiosamente recibida la oración, pues procede de misericordioso corazón.

CAPITULO III

De diez cosas que impiden la devoción

Y así como hay cosas que ayudan a la devoción, así también hay cosas que la impiden, entre las cuales la primera es los pecados, no sólo los mortales, sino también los veniales, porque éstos, aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es casi lo mismo que devoción. Por donde es razón evitarlos con todo cuidado, ya que no fuese por el mal que nos hacen, a lo menos por el grande bien que nos impiden.

Impide también el remordimiento de la conciencia, que procede de los mismos pecados, cuando es demasiado, porque trae el ánima inquieta, caída, desmayada, flaca para todo buen ejercicio.

Impiden también los escrúpulos, por la misma causa, porque son como espinas que punzan la conciencia, y la inquietan y no la dejan reposar y sosegar en Dios y gozar de la verdadera paz.

Impide también cualquier amargura y desabrimiento de corazón, y tristeza desordenada, porque con esto muy mal se puede compadecer el gusto y suavidad de la buena conciencia y del alegría espiritual.

Impiden otrosí los cuidados demasiados, los cuales son aquellos mosquitos de Egipto, que inquietan el ánima y no la dejan dormir este sueño espiritual que se duerme en la oración, antes allí más que en otra parte la inquietan y divierten de su ejercicio.

Impiden también las ocupaciones demasiadas, porque ocupan el tiempo y ahogan el espíritu, y así dejan al hombre sin tiempo y sin corazón para vacar a Dios.

Impiden los regalos y consolaciones sensuales cuando el hombre es demasiado en ellas, porque el que se da mucho a las consolaciones del mundo no merece las del Espíritu Santo, como dice san Bernardo.

Impide el regalo en el demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas, porque éstas hacen muy mala cama a los espirituales ejercicios y a las vigiliassagradas, porque, con el cuerpo pesado y harto de mantenimiento, muy mal aparejado está el ánimo para volar a lo alto.

Impide el vicio de la curiosidad, así de los sentidos como del entendimiento, que es querer oír y ver, y saber muchas cosas, y desear cosas pulidas, curiosas y bien labradas, porque todo esto ocupa el tiempo, embaraza los sentidos, inquieta el anima y derrámala en muchas partes, y así impide la devoción.

Impide, finalmente, la interrupción de todos estos santos ejercicios, si no es cuando se dejan por causa de alguna piadosa o justa necesidad, porque como dice un doctor, es muy delicado el espíritu de la devoción, el cual, después de ido, o no vuelve, o a lo menos con mucha dificultad. Y, por esto, así como los árboles y los cuerpos humanos quieren sus riegos y mantenimientos ordinarios, y en faltando esto luego desfallecen y desmedran, así también lo hace la devoción cuando le falta el riego y mantenimiento de la consideración.

Todo esto se ha dicho así sumariamente para que mejor se pudiese tener en la memoria. La declaración de lo cual podrá ver quien quisiere en la primera y segunda parte del *Libro de la oración y meditación*, adonde remitimos al cristiano lector.

CAPITULO IV

De las tentaciones más comunes que suelen fatigar a los que se dan a la oración, y de sus remedios

Ahora será bien tratar de las tentaciones más comunes de las personas que se dan a la oración, y de sus remedios. Las cuales, por la mayor parte, son las siguientes: la falta de las consolaciones espirituales, la guerra de los pensamientos importunos, los pensamientos de blasfemia e infidelidad, el temor desordenado, el sueño demasiado, la desconfianza de aprovechar, la presunción de estar ya muy aprovechado, el apetito demasiado de saber, el indiscreto celo de aprovechar. Éstas son las más comunes tentaciones que hay en este camino. Los remedios de las cuales son los siguientes.

I

Primeramente, al que le faltaren las consolaciones espirituales, el remedio es que no por eso deje el ejercicio de la oración acostumbrada, aunque le parezca desabrida y de poco fruto, sino póngase en la presencia de Dios como reo y culpado, y examine su conciencia, y mire si por ventura perdió esta gracia por su culpa, y suplique al Señor con entera confianza le perdone y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar a quien otra cosa no sabe, sino ofenderle. Desta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasión para más se humillar viendo lo mucho que peca, y para más amar a Dios viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios, no desista dellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso. A lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oración con un poco de atención y cuidado, haciendo buenamente lo poco que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre, viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. Mucho hace en los ojos de Dios quien hace todo lo que puede, aunque pueda poco. No mira nuestro señor tanto al caudal del hombre, cuanto a su posibilidad y voluntad. Mucho da quien desea dar mucho, quien da todo lo que tiene, quien no deja nada para sí. No es mucho durar mucho en la oración, cuando es mucha la consolación. Lo mucho es que, cuando la devoción es poca, la oración sea mucha, y mucho mayor la humildad y la paciencia y la perseverancia en el bien obrar.

También es necesario en estos tiempos andar con mayor solícitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo y examinando con atención sus pensamientos y palabras y obras. Porque como entonces nos falte el alegría espiritual, que es el principal remo desta navegación, es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia. Cuando así te vieres has de hacer cuenta, como dice san Bernardo, que se te han dormido las velas que te guardaban, y que se te han caído los muros que te defendían. Y, por eso, toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la espada y la destreza en el pelear. ¡Oh, cuánta es la gloria del ánima que

desta manera batalla, que sin escudo se defiende, y que sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte, y hallándose en la batalla sola, toma esfuerzo y ánimo por compañía!

No hay mayor gloria en el mundo que imitar en las virtudes al Salvador. Y entre sus virtudes se cuenta por muy principal haber padecido lo que padeció, sin admitir en su ánimo ningún género de consuelo. De manera que, el que así padeciere y pelear, tanto será mayor imitador de Cristo cuanto más careciere de todo género de consuelo. Y esto es beber el cáliz de la obediencia puro, sin mezcla de otro licor. Éste es el toque principal en que se prueba la fineza de los amigos, si son verdaderos o no lo son.

II

Contra la tentación de los pensamientos importunos que nos suelen combatir en la oración, el remedio es pelear varonilmente y perseverantemente contra ellos, aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es este negocio tanto de fuerza cuanto de gracia y humildad. Y por esto, cuando el hombre se hallare desta manera, debe volverse a Dios sin escrúpulo y sin congoja, pues esto, o no es culpa, o es muy liviana, y con toda humildad y devoción le diga: «Veis aquí, señor mío, quién yo soy; ¿qué se esperaba deste muladar, sino semejantes olores?; ¿qué se esperaba desta tierra que vos maldijisteis, sino zarzas y espinas?; éste es el fruto que ella puede dar, si vos, señor, no la limpiáis». Y dicho esto, torne a atar su hilo como de antes, y espere con paciencia la visitación del Señor, que nunca falta a los humildes. Y si todavía te inquietaren los pensamientos, y tú todavía perseverantemente les resistieres e hicieres lo que es en tí, debes tener por cierto que mucha más tierra ganas en esta resistencia, que si estuvieras gozando de Dios a todo sabor.

III

Para remedio de las tentaciones de blasfemia es de saber que, así como ningún linaje de tentación es más penoso que éste, así ninguno hay menos peligroso. Y así, el remedio es no hacer caso destas tentaciones, pues el pecado no está en el sentimiento, sino en el consentimiento y en el deleite, el cual aquí no hay, sino antes lo contrario. Y así más se puede llamar ésta pena que culpa, porque cuan lejos está el hombre de recibir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas. Y por eso el remedio, como dije, es menospreciarlas y no temerlas, porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y las levanta.

IV

Contra las tentaciones de infidelidad, el remedio es que, acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda, y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas dellas exceden todo nuestro saber. Y por tanto, el que quiere entrar en este santuario de las obras divinas, ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla y no de serpiente maliciosa, y corazón de discípulo y no de juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque a los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el porqué de las obras divinas, cierre el ojo de la razón y abra sólo el de la fe, porque éste es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas, muy bueno es el ojo de la razón humana; mas para mirar las divinas,

no hay cosa más desproporcionada que él. Mas porque ordinariamente esta tentación es al hombre penosísima, el remedio es el de la pasada, que es no hacer caso della, pues más es ésta pena que culpa. Porque no puede haber culpa en lo que la voluntad está contraria, como allí se declaró.

V

Algunos hay que son combatidos de grandes temores y fantasías, cuando se apartan solos de noche a orar. Contra esta tentación el remedio es hacerse el hombre fuerza y perseverar en su ejercicio, porque huyendo crece el temor, y peleando la osadía. Aprovecha también considerar que ni el demonio ni otra cosa es poderosa para nos dañar, sin licencia de nuestro señor. También aprovecha considerar que tenemos al ángel de nuestra guarda a nuestro lado, y en la oración mejor que en otra parte, porque allí asiste él para nos ayudar y llevar nuestras oraciones al cielo, y defendernos del enemigo, que no nos pueda hacer mal.

VI

Contra el sueño demasiado, el remedio es considerar que el sueño unas veces procede de necesidad, y entonces el remedio es no negar al cuerpo lo que es suyo, porque no nos impida lo que es nuestro. Otras procede de enfermedad, y entonces no debe el hombre congojarse por eso, pues no tiene culpa, ni tampoco debe dejarse del todo vencer, sino hacer de su parte lo que buenamente pudiere para que del todo no se pierda la oración, sin la cual no tenemos seguridad ni alegría verdadera en esta vida. Otras veces nace el sueño de pereza, o del demonio que lo procura. Entonces el remedio es el ayuno, no beber vino, beber poca agua, estar de rodillas o en pie o en cruz, y no arrimado, hacer alguna disciplina u otra cualquier aspereza que despierte y punce la carne.

Finalmente, el único y general remedio, así para este mal como para los otros, es pedirlo a aquel que está aparejado para dar, si hubiere quien siempre le quiera pedir.

VII

Contra las tentaciones de la desconfianza y de la presunción, que son vicios contrarios, es forzado que haya diversos remedios. Para la desconfianza, el remedio es considerar que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto más presto se alcanza, cuanto más el hombre desconfía de su propia virtud, y confía en sola la bondad de Dios, a quien todo es posible. Para la presunción, el remedio es considerar que no hay más claro indicio de estar el hombre muy lejos, que creer que está muy cerca. Porque en este camino, los que van descubriendo más tierra, éstos se dan mayor prisa por ver lo mucho que les falta, y por eso nunca hacen caso de lo que tienen, en comparación de lo que desean. Mírate, pues, como en un espejo en la vida de los santos, y en las de otras personas señaladas que ahora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un gigante, y así no presumirás.

VIII

Contra la tentación del demasiado apetito de saber y de estudiar, el primer remedio es considerar cuánto más excelente es la virtud que la ciencia, y cuánto más excelente la sabiduría divina que la humana, para que por aquí vea el hombre cuánto más se debe

ocupar en los ejercicios por do se alcanza la una, que la otra. Tenga la gloria de la sabiduría del mundo las grandezas que quisieres, que al fin se acaba esta gloria con la vida. Pues, ¿qué cosa puede ser más miserable que adquirir con tanto trabajo lo que tan poco se ha de gozar? Todo lo que aquí puedes saber es nada. Y si te ejercitares en el amor de Dios, presto lo irás a ver, y en él verás todas las cosas. Y el día del Juicio no nos preguntarán qué leímos, sino qué hicimos, ni cuán bien hablamos o predicamos, sino cuán bien obramos.

IX

Contra la tentación del indiscreto celo de aprovechar a otros, el principal remedio es que de tal manera entendamos en el provecho del prójimo, que no sea con perjuicio nuestro, y que de tal manera entendamos en los negocios de las conciencias ajenas, que tomemos tiempo para las nuestras. El cual ha de ser tanto, que baste para traer a la continua el corazón devoto y recogido, porque esto es andar en espíritu, como dice el apóstol, que es andar el hombre más en Dios que en sí mismo. Pues como esto sea raíz y principio de todo nuestro bien, todo nuestro trabajo ha de ser procurar de tener tan larga y tan profunda oración, que baste para traer siempre el corazón con esta manera de recogimiento y de devoción. Para lo cual no basta cualquier manera de recogimiento y oración, sino es menester que sea muy larga y muy profunda.

CAPITULO V

De algunos avisos necesarios para los que se dan a la oración

Una de las cosas más arduas y dificultosas que hay en esta vida es saber ir a Dios y tratar familiarmente con él. Y, por eso, no se puede este camino andar sin alguna buena guía, ni tampoco sin algunos avisos, para no perderse en él. Y por esto, será necesario apuntar aquí algunos con nuestra acostumbrada brevedad. Entre los cuales el primero sea acerca del fin que en estos ejercicios se ha de tener. Para lo cual es de saber que, como esta comunicación con Dios sea una cosa tan dulce y tan deleitable, según que dice el Sabio, de aquí nace que muchas personas, atraídas con la fuerza desta maravillosa suavidad, que es sobre todo lo que se puede decir, se llegan a Dios y se dan a todos los espirituales ejercicios, así de lección como de oración y uso de sacramentos, por el gusto grande que hallan en ellos, de tal manera que el principal fin que a esto los lleva es el deseo de esta maravillosa suavidad. Éste es un muy grande y muy universal engaño, en que caen muchos. Porque, como el principal fin de todas nuestras obras haya de ser amar a Dios y buscar a Dios, esto más es amar a sí y buscar a sí, conviene saber, su propio gusto y contentamiento, que es el fin que los filósofos pretendían en su contemplación. Y esto es también, como dice un doctor, un linaje de avaricia, lujuria y gula espiritual, que no es menos peligrosa que la otra sensual.

I

Y, lo que más es, de este mismo engaño se sigue otro no menor, que es juzgar el hombre a sí y a los otros por estos gustos y sentimientos, creyendo que tanto tiene cada uno más o menos de perfección, cuanto más o menos gusta o no gusta de Dios, que es un engaño

muy grande. Pues contra estos dos engaños sirve este aviso y regla general, que cada uno entienda que el fin de todos estos ejercicios y de toda la vida espiritual es la obediencia de los mandamientos de Dios y el cumplimiento de la divina voluntad, para lo cual es necesario que muera la voluntad propia, para que así viva y reine la divina, pues es tan contraria a ella.

Y porque tan gran victoria como ésta no se puede alcanzar sin muy grandes favores y regalos de Dios, por esto principalmente se ha de ejercitar la oración, para que por ella se alcancen estos favores y se sientan estos regalos, para salir con esta empresa. Y desta manera y para tal fin se pueden pedir y procurar los deleites de la oración, según que arriba dijimos, como los pedía David cuando decía: «Vuélveme, señor, el alegría de tu salud, y confírmame con espíritu principal». Pues, conforme a esto, entenderá el hombre cuál ha de ser el fin que ha de tener en estos ejercicios, y por aquí también entenderá por dónde ha de estimar y medir su aprovechamiento y el de los otros, conviene saber, no por los gustos que hubiere recibido de Dios, sino por lo que por él hubiere padecido, así por hacer la voluntad divina como por negar la propia.

Que éste haya de ser el fin de todas nuestras lecciones y oraciones, no quiero traer para esto más argumento que aquella divina oración o salmo: *Beati immaculati in via*, que teniendo ciento y setenta y siete versos, porque es el mayor del *Salterio*, no se hallará en él uno solo que no haga mención de la ley de Dios y de la guarda de sus mandamientos. Lo cual quiso el Espíritu Santo que así fuese, para que por aquí claramente viesen los hombres cómo todas sus oraciones y meditaciones se habían de ordenar en todo y en parte a este fin, que es a la obediencia y guarda de la ley de Dios. Todo lo que va fuera de aquí es uno de los muy sutiles y más colorados engaños del enemigo, con el cual hace creer a los hombres que son algo, no lo siendo. Por lo cual dicen muy bien los santos que la verdadera prueba del hombre no es el gusto de la oración, sino la paciencia de la tribulación, la abnegación de sí mismo y el cumplimiento de la divina voluntad. Aunque para todo esto aprovecha grandemente así la oración como los gustos y consolaciones que en ella se dan.

Pues, conforme a esto, el que quisiere ver qué tanto ha aprovechado en este camino de Dios, mire cuánto crece cada día en humildad interior y exterior, cómo sufre las injurias de los otros, cómo sabe dar pasada a las flaquezas ajenas, cómo acude a las necesidades de sus prójimos, cómo se compadece y no se indigna contra los defectos ajenos, cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulación, cómo rige su lengua, cómo guarda su corazón, cómo trae domada su carne con todos sus apetitos y sentidos, cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades, cómo se repara y provee en todas las cosas con gravedad y discreción. Y, sobre todo esto, mire si está muerto al amor de la honra y del regalo y del mundo, y según lo que en esto hubiere aprovechado o desaprovechado, así se juzgue, y no según lo que siente o no siente de Dios. Y, por esto, siempre ha de tener el un ojo, y el más principal, en la mortificación, y el otro en la oración, porque esa misma mortificación no se puede perfectamente alcanzar sin el socorro de la oración.

Y si no debemos desear consolaciones y deleites espirituales para sólo parar en ellos, sino por los provechos que nos causan, mucho menos se deben desear visiones o revelaciones o arrebatamientos, y cosas semejantes, que pueden ser más peligrosas a los que no están fundados en humildad. Y no tenga el hombre miedo de ser en esto desobediente a Dios, porque cuando él quiere revelar algo, él lo sabe descubrir por tales modos, que por más que el hombre huya, él se lo certificará de manera que no pueda dudar, aunque quiera.

III

Debe asimismo ser avisado en callar los favores y regalos que nuestro señor le hiciere, si no fuere a solo su maestro espiritual. Por lo cual dice san Bernardo que el varón devoto ha de tener en la celda escritas estas palabras: «Mi secreto para mí, mi secreto para mí».

IV

También debe el hombre tener aviso de tratar con Dios con la mayor humildad y reverencia que le sea posible, de manera que nunca el ánima ha de estar tan regalada y favorecida de Dios, que no vuelva los ojos hacia dentro, y mire su vileza, y encoja sus alas, y se humille delante tan grande majestad, como lo hacía san Agustín, de quien se dice que había aprendido a alegrarse en la presencia de Dios con tremor.

V

Dijimos arriba que el siervo de Dios ha de trabajar por tener sus tiempos señalados para vacar a Dios. Pues allende éste ordinario de cada día, debe desocuparse a tiempos de todo género de negocios, aunque sean santos, para entregarse del todo a los espirituales ejercicios y dar a su ánima un abundante pasto con el cual se repare lo que con los defectos de cada día se gasta, y se cobren nuevas fuerzas para pasar adelante. Y aunque esto se debe hacer en otros tiempos, mas especialmente se debe hacer en las fiestas principales del año y en los tiempos de tribulaciones y trabajos, después de algunos caminos largos y de algunos negocios que han causado distraimiento y derramamiento en el corazón, para tornar a recogerlo.

VI

Algunos hay también que tienen poco tiento y discreción en sus ejercicios, cuando les va bien con Dios. A los cuales su misma prosperidad viene a ser ocasión de su peligro. Porque hay muchos a quien parece que se les da esta gracia a manos llenas, los cuales como hallan tan suave la comunicación del Señor, entréganse tanto a ella y alargan tanto los tiempos de la oración y las vigilias y asperezas corporales, que la naturaleza, no pudiendo sufrir a la continua tanta carga, viene a dar con ella en tierra.

De donde nace que a muchos vienen a estragarse los estómagos y las cabezas, con que se hacen inhábiles, no sólo para los otros trabajos corporales, sino también para esos mismos ejercicios de oración.

Por lo cual conviene tener mucho tiento en estas cosas, mayormente a los principios, donde los fervores y consolaciones son mayores, y la experiencia y discreción menor, para que de tal modo tracemos la manera del caminar, que no faltemos a medio camino.

Otro extremo contrario es el de los regalados, que, so color de discreción, hurtan el cuerpo a los trabajos. El cual, aunque en todo género de personas sea muy dañoso, mucho más lo es en los que comienzan, porque como dice san Bernardo, «imposible es que perseverare mucho en la vida religiosa el que siendo novicio es ya discreto, siendo principiante quiere ser prudente, y siendo aún nuevo y mozo comienza a tratarse y regalarse como viejo».

Y no es fácil de juzgar cuál destos dos extremos sea más peligroso, sino que la indiscreción, como dice muy bien Gersón, es más incurable. Porque mientras el cuerpo está sano, esperanza hay que podrá haber remedio; mas después de ya estragado con la indiscreción, mal se puede remediar.

VII

Otro peligro hay también en este camino, y por ventura mayor que todos los pasados, el cual es que muchas personas, después que algunas veces han experimentado la virtud inestimable de la oración, y visto por experiencia cómo todo el concierto de la vida espiritual depende della, paréceles que ella sola es el todo, y que ella sola basta para ponerlos en salvo, y así vienen a olvidarse de las otras virtudes y aflojar en todo lo demás. De donde también procede que, como todas las otras virtudes ayuden a esta virtud, faltando el fundamento, también falta el edificio. Y así, mientras más el hombre procura esta virtud, menos puede salir con ella.

Por esto, pues, el siervo de Dios debe poner los ojos, no en una virtud sola, por grande que sea, sino en todas las virtudes. Porque así como en la vihuela una sola voz no hace armonía si no suenan todas, así una virtud sola no basta para hacer esta espiritual consonancia, si todas no responden con ella. Y así como un reloj, si se embaraza un solo punto, para todo, así también acaece en el reloj de la vida espiritual, si falta una sola virtud.

VIII

Aquí también conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar a la devoción se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se dispone para la divina gracia, ocupándose diligentemente en ellos, y quitando la confianza de ellos y poniéndola en solo Dios. Digo esto porque hay algunas personas que hacen una como arte de todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas dél, por virtud dellas saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare, por virtud dellas alcanzará luego lo que desea, sin mirar que esto es hacer arte de la gracia, y atribuir a reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor.

Pues por esto conviene tomar estos negocios, no como cosa de arte, sino como de gracia. Porque tomándolo desta manera, sabrá el hombre que el principal medio que para esto se requiere es una profunda humildad y conocimiento de su propia miseria, con grandísima confianza en la divina misericordia, para que del conocimiento de lo uno y de lo otro procedan siempre continuas lágrimas y oraciones, con las cuales, entrando el hombre por

la puerta de la humildad, alcance lo que desea por humildad, y lo conserve con humildad, y lo agradezca con humildad, que es puerta general de todos los bienes.

Fin del Libro de la Oración

Síguese una breve introducción para los que comienzan a servir a nuestro señor

Así como todas las artes humanas tienen sus primeros principios y elementos, que son como un abc de donde comienzan, así también los tiene el camino de Dios, que es arte de las artes y fin de toda nuestra vida, y éstos será bien señalar aquí brevemente para los que de nuevo quieren entrar en él. Y porque los comienzos de las cosas han de ser de lo más fácil, de aquí será razón que comencemos apuntando algunos ejercicios espirituales que, con ser muy fáciles de cumplir, son como una leche y nutrimento de esta vida espiritual. Porque así como el pez se conserva en el agua, así la vida espiritual con ejercicios espirituales.

Entre éstos, el primero sea que, así como el hombre se determinare de servir a Dios y dejar al mundo, haga luego una confesión general de todas las culpas de la vida pasada. Para lo cual debe tomar algunos días antes, en los cuales, discurriendo por todas las edades de la vida pasada y por todos los mandamientos de la ley divina, examine con dolor y amargura de su corazón todo lo que ha dicho, hecho o pensado contra Dios, contra su prójimo y contra sí mismo, para confesarlo enteramente a su propio confesor, aprovechándose en esto de la pluma para poder mejor ayudar a la flaqueza de la memoria. Y aquí debe enseñar el buen maestro a su discípulo la manera de confesarse y examinarse y aparejarse para la confesión, así para esta general como para las otras ordinarias que más a menudo se han de hacer. Porque no es de todos ni saberse conocer, ni tampoco saberse confesar fructuosamente, si no son avisados y enseñados en esta parte.

Lo segundo, debe aconsejarle que en este tiempo se ejercite en las meditaciones arriba puestas, especialmente en las de la primera semana, que son más acomodadas para este tiempo, procurando por medio dellas inclinar su corazón a dolor y aborrecimiento de los pecados, temor de Dios y menosprecio del mundo. Y aquí se ofrece gran oportunidad al maestro para platicar el ejercicio de la oración y meditación, y declarar todos los avisos arriba escritos, en los cuales conviene que esté muy resuelto para darlos a conocer y saberlos bien enseñar, de tal manera que de buen maestro salga el discípulo bien enseñado.

Lo tercero, debe enseñarle con cuánta reverencia y con qué devoción se ha de aparejar, un día o dos antes, para la sagrada comunión, y con cuánto temor y temblor se ha de allegar a ella, y con cuánta devoción se ha de recoger después della para abrazar el Señor que recibió y derribarse a sus pies, y darle gracias por tal hospedería, tal visitación y tal beneficio. Y asimismo le enseñe cuán recogido y quieto ha de estar aquel día y el día precedente, y en qué género de lecciones, meditaciones y oraciones se ha de ocupar para mejor aparejarse a este misterio y aprovecharse dél.

Lo cuarto, enséñele de la manera que se ha de haber en todos los lugares y tiempos, y en todas las otras obras exteriores, con cuánta templanza y honestidad ha de tomar refección en la mesa, con cuánta devoción y acatamiento ha de estar en la misa y doquiera que estuviere el Santísimo Sacramento, con cuánta atención y devoción ha de asistir a los oficios divinos, aparejándose primeramente con oración y recogimiento de corazón para ellos, y peleando fuertemente en ellos contra todas las importunas imaginaciones del enemigo, que más allí que en otra parte nos combaten.

Enséñele también cuán compuesto ha de ser en sus movimientos, cuán mesurado en sus ojos, cuán considerado en sus palabras, cuán templado en sus risas, cuán humilde a los mayores, cuán benigno a los menores, cuán cortés a sus iguales, cuán humano para con los pobres, cuán piadoso para con los enfermos, y cómo no ha de ser precipitado ni inconsiderado en todas sus cosas.

Enséñele también cómo ha de andar en la presencia de Dios, trayéndole siempre ante los ojos como juez y testigo de su vida, haciendo todas las cosas con aquel mismo tiento y religión que las haría si realmente le tuviese delante.

Y asimismo le enseñe cómo debe andar siempre encerrado y escondido dentro de su corazón, y cómo debe procurar en todo lugar y tiempo, y en todo género de negocios, hurtar el corazón y levantarlo a Dios con alguna breve oración, tomando motivo para esto de todas cuantas cosas oyere y viere, como hacen las abejas, que de todas las flores sacan algo para hacer su miel. Y, particularmente, es muy loable consejo que, a imitación del apóstol san Bartolomé, muchas veces entre día y noche, hincado de rodillas, o en pie, o como pudiere, haga oración a Dios, y juntas las manos, ofrezca a sí mismo con todos sus deseos a nuestro señor, pidiéndole su amor y gracia, aunque esto no sea más que por un credo o dos, porque de esta devoción muchas veces se sigue más provecho de lo que nadie puede pensar. Esto sirve para que en el altar de nuestro corazón siempre haya fuego, procurando atizarlo con todas estas consideraciones y palabras devotas, que son como nutrimento de la devoción y amor de Dios. Y cuando alguna vez el pensamiento se le derramare, debe recogerlo, y reducirlo a lo interior, no con pena y desasosiego, como se suele hacer, sino amorosa y devotamente, porque con el fuego del divino amor se deshacen y consumen todas estas negligencias, como dicen los santos. Y podrá entonces, vuelto a sí mismo, reprenderse mansamente diciendo: «¿Dónde me fui, oh buen Jesús? ¿Por qué me aparté de ti? ¿Dónde te has ido volando, ánima mía? ¿Qué traes de allá, sino derramamiento y tibieza? ¿No sabes que el Señor está con los que están consigo, y se aparta de los que se apartan de su corazón?»

Y aunque en todo tiempo debe el hombre traer consigo este cuidado, cuanto le sea posible, pero señaladamente a la mañana, en despertando, trabaje por cerrar la puerta a todo género de pensamientos terrenos y ocupar la posada con la memoria de nuestro señor, ofreciéndole luego las primicias del día. Y podrá en este tiempo hacer tres cosas: la primera, darle gracias porque le dio aquella noche quieta y le libró de las fantasmas y asechanzas del enemigo, y por todos los otros beneficios, como es de la creación, conservación, vocación, redención, etc. La segunda, ofrézcale todo cuanto aquel día

hiciera y padeciere y trabajare, y todos los pasos y ejercicios en que se ocupare, y a sí mismo también se ofrezca con todas sus cosas, para que todo sea gloria suya, y de todo haga él lo que fuere a su santa voluntad como de cosa suya. La tercera, pídale gracia para que en aquel día no haga cosa que sea ofensa de su majestad, y principalmente le pida favor para contra todos aquellos vicios que se siente más tentado, y ármese con una fuerte determinación y circunspección contra ellos, y con esto diga la oración del paternóster y avemaría despacio, devotamente.

A la noche, antes que se acueste, entre consigo en juicio y tómesese cuenta de todo lo que aquel día hizo o dijo o pensó contra la ley de Dios, y de las negligencias y tibieza que tuvo en su servicio, y del olvido dél. Y dicha con devoción la confesión general con un paternóster y avemaría, pida perdón de lo mal hecho y gracia para la enmienda de ello.

Cuando se acostare, póngase en la cama de la manera que estará en la sepultura, y considere un poco la figura que allí ha de tener su cuerpo, y rece sobre sí un responso, o un paternóster y un avemaría, como sobre un difunto.

Todas las veces que despertare de noche, sea con un *Gloria Patri*, etc., *Jesu, nostra redemptio*, etc., o con otra cosa semejante. Y todas las veces que el reloj diere la hora, diga: «Bendita sea la hora en que mi señor Jesucristo nació y murió por mí; Señor, a la hora de mi muerte acuérdate de mí». Y piense entonces cómo ya tiene una hora menos de vida, y que poco a poco se acabará de andar esta jornada.

Cuando se sentare a la mesa, piense cómo Dios es el que le da de comer y el que crió todas las cosas para su servicio, y déle gracias por la comida que le da, y mire a cuántos falta lo que a él sobra, y con cuánta facilidad posee lo que otros alcanzan con tanto trabajo y peligro.

Cuando fuere tentado del enemigo, el mayor remedio es correr con grandísima ligereza a la cruz, y mirar allí a Cristo despedazado y descoyuntado y desfigurado, manando ríos de sangre, y acordarse que la principal causa por que allí se puso fue por destruir el pecado. Y suplicarle ha con toda devoción no permita él que reine en nuestros corazones una cosa tan abominable y que él con tantos trabajos procuró destruir. Y así, dirá de todo corazón: «¡Señor, que os pusieseis vos ahí porque yo no pecase, y que no baste eso para apartarme de pecar! No lo permitáis, señor, por esas sacratísimas llagas; no me desamparéis, mi Dios, pues me vengo a vos; si no, mostradme otro mejor puerto donde me pueda guarecer. Si vos me desamparáis, ¿qué será de mí? ¿A dónde iré? ¿Quién me defenderá? Ayudadme, señor Dios mío, y defendedme de este dragón, pues yo no puedo sin vos». Y será muy bien, a veces, hacer a mucha prisa la señal de la cruz encima del corazón, si estuviere en parte que lo pueda hacer sin nota de nadie. Desta manera las tentaciones le serán ocasión de mayor corona y de que más veces al día levante su corazón a Dios, y así el demonio, que venía por lana, volverá, como dicen, tresquilado. Ésta es, cristiano lector, la leche de los que comienzan. Oye ahora, en el siguiente capítulo, la suma de toda esta espiritual doctrina.

De tres cosas que debe hacer el que desea aprovechar mucho en poco tiempo

El que quiere en poco tiempo aprovechar mucho, mediante la gracia de nuestro señor, ha de ser solícito en estas tres cosas:

La primera, en la aspereza y maltratamiento de su carne, en la vileza, aspereza y templanza del comer y beber, en el vestir, en la cama y en todas las cosas que usare, en estar de rodillas, o en pie o en cruz, o postrado en la oración, en tomar disciplinas, en traer cilicios, en ayunos, y sobre todo, en las vigiliass santas en oración. Y en todo se ha de mirar que se aflija la carne y no se mate el espíritu, ni se haga daño la salud corporal. Y por esto ha de ser con consejo de su maestro espiritual, si lo tiene; y si no lo tiene, de otra persona muy espiritual y muy penitente y ejemplar. Y porque muy pocos sienten la perfección sino como ellos la obran, si aun esto no hubiere, ayúdese de su buena discreción, fundada en nuestro señor, y no en el saber de la carne, que el regalo finge ser discreción, y vaya experimentando las cosas, porque la experiencia, con la oración y pura intención, le irá dando lumbre de lo que debe hacer.

Lo segundo y más principal, conviene que sea solícito en la mortificación interior de sí mismo y de sus apetitos y sensuales inclinaciones, y en la abnegación de su propia voluntad, por cumplir la divina y la de sus mayores, a quien debe obediencia, y de su maestro espiritual, si lo tiene, y en el ejercicio de las virtudes interiores y exteriores cuando le fuere necesario, o la caridad del prójimo o de sí mismo le obligare, o nuestro señor de dentro le convidare a ello, aunque sea sin obligación de precepto.

Lo tercero, ha de ser solícito en la continua oración, porque es imposible a nosotros crucificar nuestra carne, y mucho más imposible la mortificación interior y negamiento de nosotros mismos, y el ejercicio de las virtudes, por ser sobre nuestra naturaleza, sino mediante la gracia de nuestro señor, al cual es facilísimo obrar en nosotros sobre toda naturaleza. Lo cual él hará si instantemente le pedimos. Y pues somos pobres y no tenemos fuerzas para trabajar, si queremos ser ricos de dones celestiales, necesario nos es mendigar a quien nunca cesará de nos dar si nosotros no cesáremos de le pedir. Y por esto, el que quiere enriquecerse de estos dones, y sobre todo poseer a Dios por gracia singular, debe tener sus tiempos diputados para la oración, y a veces alargarlos, como dicho es, y andar siempre en la presencia del Señor, como ya dijimos.

Estas tres cosas son las que principalmente debe procurar el siervo de Dios, si quiere ser purísimo y perfectísimo holocausto suyo. Porque, guardadas estas tres cosas, queda todo el hombre reformado con todas sus partes, que son, espíritu, ánima y carne. Porque con los ayunos y asperezas corporales se santifica la carne, con la mortificación y abnegación de todos los apetitos se purifica el ánima, y con la oración y contemplación se perfecciona el espíritu, el cual, allegándose a Dios, se hace una cosa con él, que es su última perfección.

Mas aquí es de notar que para la perfección deste holocausto aún faltan dos cosas porque en el cuerpo hay sentidos, y en el ánima imaginación y pensamientos. Por donde a estas tres cosas debemos añadir otras dos, que son la guarda de los sentidos, conviene saber, de los ojos y de los oídos, y mucho más de la lengua, que es la llave de todo, y la guarda del

corazón o de la imaginación, para que no ande cerrera y libre, discurriendo por do quisiere, sino que esté siempre atada a santas consideraciones y pensamientos. Porque, como dice san Bernardo, no basta al varón devoto que tenga enfrenados sus afectos, si no tiene también enfrenada y recogida su imaginación.

Y, para reducir todas estas cosas a alguna orden, has de tener muy entendido que tal quedó por el pecado el corazón del hombre para bien obrar como la tierra para fructificar. Vemos, pues, que la tierra para esto tiene necesidad de dos cosas, conviene saber, de agua y rocío del cielo, y de trabajo y agricultura del hombre. Sin estas dos cosas, la tierra de suyo no lleva más que zarzas y espinas. Pues así has de entender que nuestro corazón, después del pecado, no lleva de suyo más que aquellas espinas que dice el apóstol: «Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicación, suciedad, deshonestidad, iras, contiendas, porfías, envidias, discordias, bandos, etc.» Mas si ha de llevar fruto de vida eterna, ha de ser con trabajo y sudor de nuestro rostro, y también con agua y rocío del cielo. Para lo primero sirve el castigo de la carne, la guarda de los sentidos, la mortificación de nuestros apetitos y el recogimiento de nuestra imaginación, que es como una agricultura y labor espiritual. Mas para lo segundo sirven los sacramentos y la oración, porque los sacramentos tienen virtud para dar esta agua de cielo, que es la gracia, y la oración tiene por oficio pedirla, y así le corresponde por premio alcanzarla. Y desta manera, interviniendo la gracia de Dios y el trabajo del hombre, da fruto de bendición esta tierra de maldición, puesto caso que también este nuestro trabajo no carece de gracia, pues todo lo bueno es de Dios.

Por do parece que la vida del verdadero y perfecto cristiano, si alguno la quisiere abreviar, es continuamente orar y trabajar, y por consiguiente, que dos pies son muy necesarios para este camino, uno de trabajo y otro de oración, confiando el hombre en Dios y trabajando constantemente por su amor, de tal manera, que ni por la demasiada confianza en Dios se eche a dormir, como hacen los perdidos, ni por la demasiada confianza en sus trabajos menosprecie el socorro de la divina gracia, como hicieron los pelagianos, sino como suelen decir, con el mazo dando y a Dios llamando.

Por aquí podrá cada cual entender que no es otra cosa la vida cristiana, sino una perpetua cruz y una perpetua oración. Y cuando digo cruz, entiéndola universalmente de todo el hombre y de todas las partes dél, pues todas quedaron por el pecado lisiadas, y todas tienen necesidad de cuchillo y reformación. De manera que es necesaria una cruz para la carne y otra para los ojos, otra para los oídos, otra para la lengua, otra para los afectos y apetitos y otra para la imaginación. Todas estas cruces son necesarias, y éste es el suspendio y la muerte que ha de abrazar y elegir nuestra ánima para que, muerta a la vida del primer Adán, viva vida del segundo. Sin esta cruz, ninguna cosa valen todas nuestras oraciones, sino para vivir más engañados. De manera que ni aprovecha el trabajo sin la oración, porque no será durable, ni la oración sin el trabajo, porque no será fructuosa. Con estas dos virtudes seremos templo vivo de Dios, que tenía dos lugares, uno de sacrificio y el otro de oración. Con éstas iremos al monte de la mirra y al collado del incienso, subiendo por el collado al monte, esto es, por la dulzura de la oración a la amargura de la mortificación.

Fin de esta introducción

Síguese un breve tratado de la guarda de los tres votos de la religión

Compuesto por el R. P. Fray Jerónimo de Ferrara, y dirigido a una señora que quería entrar en religión

PRÓLOGO breve sobre este tratado

Aunque este tratado, cristiano lector, señaladamente pertenezca a religiosos, cuyos son estos tres votos de que aquí se trata, pero también se pueden aprovechar de él en su manera todos los que desean alcanzar la perfección de la vida cristiana, aunque no sean religiosos. Porque también éstos son obligados a guardar la castidad que pide la condición de su estado, que es la virginal, o vidual, o conyugal. También son obligados a guardar obediencia a Dios y a sus mayores, como son los señores, los padres, los maridos y los preladados. Y la pobreza, aunque no sean obligados a guardarla como los religiosos, mas deben amarla y procurarla y despedir de sí el amor de todas las cosas terrenas, para que así no haya cosa que tire por su corazón y lo aparte de Dios. Por do parece que a todos los tales será provechosa la lección deste maravilloso tratado, aunque no sean religiosos.

Síguese el Tratado de los tres votos de la religión

Compuesto por Fray Jerónimo de Ferrara

Habiendo sabido yo, carísima mía en el Señor, el deseo que tenéis de desamparar la vanidad del siglo y seguir la verdad del eterno esposo...

Doctrina del mismo P. Fray Jerónimo

A otra noble señora

Sobre todas las cosas, amad a Dios de todo corazón y procurad su honra con mayor cuidado que la salud de vuestra ánima. Trabajad con toda diligencia por purificar la conciencia con la frecuente confesión. Quitad el amor de las cosas terrenas. Comulgad a menudo con toda devoción. No os tengáis por mejor que alguna otra criatura, cuantoquiera que sea pecadora, sino por peor. No juzguéis mal de nadie, sino siempre bien. Vivid en todo silencio. Huid de compañías y convites profanos. Estad solitaria cuanto sea posible a vuestro estado. Palabras de murmuración o detracción, o de escarnio o de donaires u ociosidad, sean lejos de vuestros oídos, y mucho más de vuestra boca.

Orad a menudo, o contemplad a cada hora. Trabajad por tener en toda paz vuestra familia. No parezca, en vuestras palabras ni meneos, alguna repunta de soberbia. No seáis muy familiar para con vuestros súbditos, sino usad con ellos de una mansa gravedad. Dad a todos ejemplo de buena vida. Reprimed caritativamente a los que yerran, y exhortad a todos a bien obrar.

Amad la castidad en vuestra casa, y mucho más en los de más tierna edad. Mostraos muy enemiga de la deshonestidad, reprendiendo ásperamente todo linaje de palabra o de obra o de vestido menos honesto. No seáis parcial en repartir las cosas, sino según la calidad y méritos de cada uno. Sed piadosa para con los pobres y ayudadlos cuanto sea posible, porque esto es muy agradable a Dios. Mostraos afable a todos, mayormente a las personas miserables, y hacedles todo el bien que pudiereis. En las prosperidades sed humilde de corazón, y en las adversidades paciente. Rogad continuamente a Dios que os enseñe a hacer su voluntad y crecer de virtud en virtud y responder a sus inspiraciones, porque la unción del Espíritu Santo os enseñará muchas cosas. Y, particularmente, rogad por la perseverancia, viviendo siempre en temor y trayendo siempre a Dios ante los ojos. Renovad de día en día los buenos propósitos y trabajad por rumiar siempre alguna cosa devota, cuando coméis y cuando trabajáis y cuando camináis. Y, finalmente, en cualquier lugar y tiempo buscad secretamente en vuestro corazón al buen Jesús, y no se caiga jamás de vuestra memoria su pasión y encarnación, porque cuanto más frecuentaréis esta contemplación, tanto más os será dulce y tanto mayores consolaciones recibiréis de Dios, y alcanzaréis mucho de sus secretos, los cuales no puede entender ni gustar la sabiduría mundana. Y sentiréis en el corazón un continuo ardor del fuego de la caridad y un deseo grande de veros fuera deste mundo y estar con Dios, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

Síguese una devotísima oración en la cual, se ejercitan los actos de muchas nobilísimas virtudes, y especialmente del amor de Dios

Preámbulo para antes desta oración

De la preparación y ánimo con que se ha de hacer

«Cuando te sentares -dice el Sabio-, a la mesa del poderoso, diligentemente considera lo que se te pone delante, para que por ahí entiendas lo que por tu parte debes aparejar.» Pues conforme a este documento, el que se llega a tratar con Dios en la oración ponga primero los ojos en el señor con quien va a tratar, y considere atentamente quién él es, porque tal corazón y tales afectos conviene que tenga para con él, cual es el que allí se le pone delante. Levante, pues, humildemente los ojos a lo alto, y mírelo sentado en el trono de su majestad sobre todo lo criado, y considere cómo él es el que tiene en su vestidura y en su muslo escrito *Rey de los reyes y Señor de los señores*. Y también cómo él es infinitamente perfecto, hermoso, glorioso, bueno, misericordioso, justo, terrible y admirable. Y cómo también es benignísimo padre y liberalísimo bienhechor, y clementísimo redentor y salvador.

Y después que así le hubiere mirado, entienda luego con qué virtudes y afectos debe por su parte corresponder a estos títulos, y hallará que, por la parte que es Dios, merece ser adorado; por la que es infinitamente perfecto y glorioso, alabado; por la que es bueno y hermoso, amado; por la que es terrible y justo, temido; por la que es señor y rey de todas las cosas, obedecido; por razón de sus beneficios, merece infinitas bendiciones y gracias; y por ser nuestro criador y redentor merece que le ofrezcamos todo lo que somos, pues todo es suyo; y por ser nuestro ayudador y salvador, conviene que a él solo pidamos el remedio de todas nuestras necesidades. Éstos y otros semejantes actos de virtudes debe la criatura racional a estos títulos y grandezas de su criador, de manera que a su divinidad se debe adoración, a sus perfecciones alabanza, a sus beneficios agradecimiento, a su bondad amor, a su justicia temor, a su misericordia esperanza, al señorío de su majestad obediencia, a la posesión de todas las cosas, que todo se le ofrezca, y al oficio continuo de ayudar y perdonarnos, que todo se le pida.

Éstas son las virtudes y éstos los afectos con que de nuestra parte habemos de corresponder y honrar a este señor, que así como es todas las cosas, así quiere ser venerado y acatado con todos estos afectos y sentimientos. Los cuales, aunque virtualmente se ejerciten e intervengan en todas las obras que se hacen por su amor, pero señaladamente se ejercitan en la oración. Y ésta es una de las mayores excelencias que ella tiene, que haciéndose como conviene, intervengan en ella los actos de todas estas nobilísimas virtudes, fe, esperanza, caridad, humildad, religión, temor de Dios, y otras tales, como claramente se verá en la oración siguiente, que todo esto contiene, la cual, por eso, conviene que sea muy estimada, y con mucha devoción y sosiego ejercitada.

Y porque el justo al principio es acusador de sí mismo, y la puerta primera para entrar a Dios es la penitencia y la humildad, debe el hombre, antes que la comience, rezar devotamente la confesión general, o alguno de los siete salmos penitenciales. Y esto hecho, comience su oración, rezando también los pedazos de salmos que en ella son apuntados, si en esto hallare devoción.

Síguese la oración

¡Oh mi Dios y todas las cosas! ¡Oh mi Dios y todas las cosas! ¡Oh mi Dios y todas las cosas! Vos sois mi Dios, mi criador, mi gobernador, mi redentor, mi salvador, centro y esposo de mi ánima, y mi último fin. Vos sois mi padre y mi madre, y mi rey y mi señor, y mi pastor y mi médico, y mi maestro y mi defensor y todas las cosas. Vos sois todo mi tesoro, mi heredad, mi esperanza, mi riqueza, mi paz, mi gloria, mi sabiduría, mi alegría, y todo cuanto más se puede desear.

Por tanto, señor mío, a vos primeramente adoro con la más profunda humildad y reverencia que puedo, y con aquella adoración de latría que a vos solo se debe, y no a criatura alguna, de la manera que os adoran las dominaciones del cielo y todas las criaturas del mundo. Las cuales, aunque no os conozcan, todavía no pueden, cada cual en su manera, dejar de adorar el cetro de vuestra divinidad y reconocer vuestra grandeza. Porque vos solo sois Dios de los dioses, rey de los reyes, señor de los señores y cosa de

las cosas. Vos sois Alfa y Omega, que es el principio y el fin de todas las cosas, y principio sin principio y fin sin fin de todas ellas. Vos sois el que solo sois, porque todas las otras cosas, por altísimas que sean, tienen el ser imperfecto, dependiente y como emprestado, mas el vuestro es sumo, perfecto, universal, y que de nadie depende sino de sólo vos. Por lo cual, con mucha razón se dice que vos solo sois el que sois, y que todo lo criado no tiene ser delante de vos.

Pues, ¡oh señor, Dios de las virtudes!, como dice vuestro profeta, ¿quién será semejante a vos? Poderoso sois, señor, y vuestra bondad está alderredor de vos. Vos tenéis señorío sobre la mar, y vos amansáis el movimiento de sus olas. Vos humillasteis y heristeis al soberbio, y con el brazo de vuestra virtud desbaratasteis vuestros enemigos. Vuestros son los cielos y vuestra la tierra. La redondez de la tierra, con todas las cosas de que está poblada, vos la fundasteis. La mar, y el viento Aquilón que la levanta, vos los criasteis. El monte Tabor y Hermón en vuestro nombre se alegrarán, y sólo vuestro brazo es el poderoso. Pues confesando yo, señor, todas estas maravillas y grandezas, postrado ante vuestro divino acatamiento, con toda la humildad que me es posible, os adoro como os adoran todos aquellos espíritus bienaventurados que, derribados ante el trono de vuestra majestad, y poniendo sus coronas ante vuestros pies, os adoran y reverencian, confesando que todo lo que tienen es de vos. Pues así yo, la más vil de todas las criaturas, mil veces os reverencio y adoro, confesando que vos sois mi verdadero Dios y señor, y que todo lo que soy, vivo, tengo y espero, es todo vuestro. Y así pido a todas las criaturas que ellas también, juntamente conmigo, os alaben y adoren, y así las llamo y convido a esto con aquel cántico de vuestro profeta, que dice: «Venid y alegrémonos delante el Señor, y cantemos a Dios nuestro salvador; presentémonos ante su cara confesando su gloria, y con salmos le alabemos. Porque nuestro Dios es gran señor y rey grande sobre todos los dioses, porque no desechará el Señor su pueblo, ca en su mano están todos los fines de la tierra, y las alturas de los montes tuyas son. Suyo es también el mar, y él lo hizo, y la tierra también fundaron sus manos. Venid, pues, y adoremos al Señor, y postrémonos y lloremos delante dél, porque él es nuestro señor Dios, y nosotros somos su pueblo, y ovejas de su manada».

También, señor mío, os bendigo y alabo, porque a vos solo pertenece el himno y la alabanza en Sión, pues vos solo sois piélagos de todas las perfecciones y un mar de sabiduría, de omnipotencia, de riquezas, de grandeza, de hermosura, de suavidad, de majestad, de eternidad, en quien están todas las perfecciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra en sumo grado de perfección, en cuya comparación toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia y toda dulzura amargura, y, finalmente, todo cuanto en el cielo y en la tierra resplandece, no luce tanto delante de vos cuanto una pequeña candelica delante del sol.

Pues por tal, señor, os confieso, y por tal os alabo, y glorifico vuestro santo nombre, y por tal pido a todos los ángeles del cielo que os canten dignas alabanzas y suplan en esta parte mis faltas, diciendo con el profeta: *Laudate Dominum de caelis, laudate eum in excelsis. Laudate eum omnes angeli ejus, laudate eum omnes virtutes ejus*, etc.

También, señor, os doy gracias por todos los beneficios y mercedes que me habéis hecho desde el día que fui concebido hasta este día de hoy, y por el amor que deste *ab aeterno* me tuvisteis, cuando desde entonces determinasteis de criarme y redimirme y hacerme vuestro, y darme todo lo que hasta ahora me habéis dado, pues todo cuanto tengo y espero es vuestro. Vuestro es mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos, vuestra mi ánima con todas sus habilidades y potencias, vuestras todas las horas y momentos que hasta aquí he vivido, vuestras las fuerzas y la salud que me habéis dado, vuestro el cielo y la tierra que me sustentan, vuestro el sol y la luna y las estrellas, y los campos, y las aves y los peces y los animales, y todas las criaturas que por vuestro mandamiento me sirven. Todo esto, señor mío, es vuestro, y por ello os doy todas cuantas gracias os puedo dar.

Pero mucho mayores os las doy porque vos quisisteis ser mío, pues todo os ofrecisteis y expendisteis en mi remedio, pues para mí os vestisteis de carne, para mí nacisteis en un establo, para mí fuisteis reclinado en un pesebre, para mí envuelto en pañales, para mí fuisteis circuncidado al octavo día, para mí desterrado en Egipto, para mí en tantas maneras tentado y perseguido y maltratado, y azotado y coronado y deshonrado, y sentenciado a muerte, y en una cruz enclavado. Para mí ayunasteis y orasteis y velasteis y llorasteis y caminasteis y padecisteis los mayores tormentos y deshonras que se padecieron jamás. Para mí ordenasteis y confeccionasteis las medicinas de vuestros sacramentos con el licor de vuestra sangre, y señaladamente el mayor de los sacramentos, que es el de vuestro santísimo cuerpo, donde estáis vos, mi Dios, para mi reparo, para mi mantenimiento, para mi esfuerzo, para mis deleites, para mi esperanza y para prenda y testimonio de vuestro amor. Por todo esto os doy infinitas gracias, y ruego a todas las criaturas que, pues todas ellas son beneficios vuestros, todas me ayuden a dároslas dignamente. Y así, para esto las llamo y convido con aquel cántico que aquellos tres santos mozos, en medio de las llamas del horno de Babilonia, os cantaban, diciendo: *Benedicite, omnia opera Domini, Domino; laudate et superexaltate eum in saecula. Benedicite, angeli Domini, Domino; benedicite, caeli, Domino.*

Y si tan debido es el amor a los bienhechores por razón de los beneficios, si cada beneficio es como un tizón y un incentivo de amor, y si, según la muchedumbre de la leña, así es grande el fuego que se enciende en ella, ¿qué tan grande ha de ser el fuego de amor que ha de arder en mi corazón, si tanta es la leña de vuestros beneficios y tantos los incentivos que tengo de amor? Si todo este mundo visible e invisible es para mí beneficios vuestros, ¿qué tan grande es razón que sea la llama de amor que se ha de levantar dellos? Especialmente, no sólo os debo yo amor por esto, sino también porque en vos solo se hallan todas las razones y causas de amor que hay en todas las criaturas, todas en sumo grado de perfección. Porque, si por bondad va, ¿quién más bueno que vos? Si por hermosura va, ¿quién más hermoso que vos? Si por suavidad y benignidad va, ¿quién más suave y más benigno que vos? Si por amistad va, ¿quién más nos amó que el que tanto por nosotros padeció? Si por beneficios va, ¿cúyo es todo lo que tenemos sino vuestro? Si por esperanza va, ¿de quién esperamos todo lo que nos falta sino de vuestra misericordia? Si los padres y las madres, y los esposos y los hermanos y los amigos son amados, ¿a quién más de verdad pertenecen todos estos títulos que a vos? Ámeos pues yo, señor, con toda mi ánima y con todas mis entrañas y con todas mis fuerzas, y diga yo de todo mi corazón con vuestro profeta: *Diligam te, Domine, fortitudo mea. Dominus*

firmamentum meum et refugium meum et liberator meus. Deus meus adjutor meus, et sperabo in eum. Protector meus et cornu salutis meae et susceptor meus.

Y no sólo me obliga todo esto a amaros, sino también a poner toda mi esperanza en solo vos. Porque, ¿en quién tengo yo de esperar, sino en quien tanto me ama, y en quien tanto bien me ha hecho, y en quien tanto por mí ha padecido, y en quien tantas veces me ha llamado y esperado, y sufrido y perdonado, y librado de tantos males? ¿En quién tengo yo de esperar sino en aquel que es infinitamente misericordioso, piadoso, amoroso, benigno, sufridor y perdonador? ¿En quién tengo yo de esperar sino en aquel que es mi padre, y padre todopoderoso, padre para amarme y poderoso para remediarne, padre para quererme bien y poderoso para hacerme bien, el cual tiene mayor cuidado y providencia de sus espirituales hijos que ningún padre carnal de los suyos? ¿En quién, finalmente, tengo yo de esperar sino en aquel que casi en todas sus escrituras ninguna cosa hace sino mandarme que me llegue a él y espere en él, y prometerme mil cuentos de favores y mercedes si así lo hiciere, dándome en prendas de todo esto su verdad y palabra, los beneficios hechos y los tormentos padecidos y la sangre derramada en confirmación desta verdad? Pues, ¿qué no esperaré yo de un Dios tan bueno y tan verdadero, de un Dios que tanto me amó, que se vistió de carne por mí y sufrió azotes y repelones y bofetadas por mí, y, finalmente, de un Dios que se dejó morir en una cruz por mí y se encerró en una hostia consagrada por mí? ¿Cómo huirá de mí cuando lo buscare el que me buscó cuando yo lo huía? ¿Cómo me negará el perdón cuando se lo pidiere el que me lo mereció cuando yo no lo pedía? ¿Cómo me negará el remedio, cuando ya no le cuesta nada, el que me lo procuró cuando tanto le costaba? Pues por todas estas razones confiadamente esperaré yo en él, y con el santo profeta, en medio de todas mis tribulaciones y necesidades, esforzadamente cantaré: *Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo? Dominus protector vitae meae, a quo trepidabo? Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum. Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo.* Y finalmente, con el mismo también diré: *In pace in idipsum dormiam et requiescam, quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me.*

Mas porque la esperanza y el amor no están seguros sin temor, témaos también, señor, mi alma y mi corazón, pues en vos, que sois todas las cosas, no menos hay razón para ser temido que amado y esperado. Porque, como sois infinitamente misericordioso, así sois infinitamente justo, y así como son innumerables las obras de vuestra misericordia, así son también las de vuestra justicia. Y, lo que más es para temer, sin comparacion son muchos más los vasos de ira que los de misericordia, pues tanto son los condenados y tan pocos los escogidos. Témaos yo, pues, señor, por la grandeza desta justicia, y por la profundidad de vuestros juicios, y por la alteza de vuestra majestad, y por la inmensidad de vuestra grandeza, y por la muchedumbre de mis pecados y atrevimientos, y, sobre todo, por la resistencia continua de vuestras inspiraciones. Témaos, pues, yo, y trema delante de vos, ante cuyo acatamiento tremen las potestades y tiemblan las columnas del cielo y toda la redondez de la tierra. Y así, postrado ante la presencia de tan grande majestad, cantaré con el profeta, diciendo: *Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripas me. Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum,* etc.

Y así como por todas estas razones os debo yo temor y reverencia, así también, por ellas y por otras, os debo obediencia. Porque vos sois mi rey, mi señor y mi emperador, a quien el cielo y la tierra, la mar y todas las otras criaturas obedecen, y cuyos mandamientos y leyes hasta ahora han guardado, y guardarán para siempre. Pues obedézcamos yo, señor, más que todas éstas, pues os soy más obligado que ellas. Obedézcamos yo, rey mío y señor mío, y guarde enteramente todas vuestras leyes santísimas. Reinad vos, señor, en mí, y no reine más en mí el mundo ni el príncipe deste mundo, ni mi carne, ni mi propia voluntad, sino la vuestra. Vayan fuera de mí todos estos tiranos, usurpadores de vuestra silla, ladrones de vuestra gloria, pervertidores de vuestra justicia, y sólo vos, señor, mandad y ordenad, y vos solo y vuestro cetro sea reconocido y obedecido, para que así se haga vuestra voluntad en la tierra como se hace en el cielo. ¡Oh, cuándo será este día! ¡Oh, cuándo me veré libre destos tiranos! ¡Oh, cuándo no se oirá en mi ánima otra voz sino la vuestra! ¡Oh, cuándo estarán tan rendidas las fuerzas y lanzas de mis enemigos, que no haya contradicción en mí para el cumplimiento de vuestra santa voluntad!

¿Cuándo estará tan sosegado este mar, cuándo tan sereno y escombrado este cielo, cuándo tan acalladas y mortificadas mis pasiones, que no haya onda ni nube ni clamor, ni otra alguna perturbación, que altere esta paz y obra, y que impida este vuestro reino en mí? ¡Oh!, ¿cuándo vendrá este día? ¡Oh!, ¿si será? ¡Oh!, ¿si le veré jamás? Dadme vos, señor, esta obediencia, o por mejor decir, dadme este señorío sobre mi corazón, para que de tal manera me obedezca él a mí, que del todo lo sujete yo a vos, y puesto en esta sujeción, diga de todo mi corazón con el profeta: *Legem pone mihi, Domine, viam justificationum tuarum, et exquiram eam semper*, etc.

Y así como estoy obligado a obedeceros, así también lo estoy para entregarme y ofrecirme a vos, y resignarme en vuestras manos, pues soy todo vuestro, y vuestro por tantos y tan justos títulos. Vuestro porque me criasteis y disteis este ser que tengo, vuestro porque me conserváis en él con los beneficios y regalos de vuestra providencia, vuestro porque me sacasteis de cautivo y me comprasteis, no con oro ni plata, sino con vuestra sangre, y vuestro porque tantas otras veces me habéis redimido cuantas me habéis sacado de pecado. Pues si por tantos títulos soy vuestro, y si vos por tantos títulos sois mi rey, mi señor y mi redentor y mi librador, aquí os vuelvo a entregar vuestra hacienda, que soy yo; aquí me ofrezco por vuestro esclavo y cautivo; aquí os entrego las llaves y homenaje de mi voluntad, para que ya de aquí adelante no sea más mío ni de nadie, sino vuestro; para que ya no viva para mí sino para vos, ni haga más mi voluntad sino la vuestra, de tal manera que ni coma ni beba ni duerma, ni haga otra cosa que no sea según vos para vos. Aquí me presento a vos para que dispongáis de mí, como de hacienda vuestra, a vuestra voluntad. Si queréis que viva, que muera, que esté sano, que enfermo, que rico, que pobre, que honrado, que deshonorado, para todo me ofrezco y resigno en vuestras manos, y me desposeo de mí, para que no sea ya más mío, sino vuestro; para que lo que es vuestro por justicia, lo sea también por mi voluntad. Y así, me ofrezco todo a vos con el profeta, diciendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum; redemiste me, Domine, Deus veritatis*.

Mas porque nada desto puedo yo cumplir sin vos, porque es tan grande mi pobreza, mi flaqueza, mis miserias y mi inhabilidad, que ni puedo dar un paso, ni abrir la boca y decir dignamente Jesús sin vos, por tanto, señor, humildemente me derribo a vuestros pies y os pido misericordia y favor. Porque a vos solo pertenece ser ayudador de los hombres y dador de todos los bienes, ni hay en el mundo otro dios justo y salvador sino vos, por eso vengo a vos a suplicaros primeramente me otorguéis perdón de mis pecados y verdadera contrición y confesión de todos ellos, y me deis gracia para que no os ofenda más en ellos ni en otros. Y, señaladamente, os pido virtud para castigar mi carne, enfrenar mi lengua, mortificar los apetitos de mi corazón y recoger los pensamientos de mi imaginacion, para que estando yo así todo renovado y reformado, merezca ser templo vivo y morada vuestra. Dadme también todas aquellas virtudes con que sea, no sólo purificada, sino también adornada esta morada vuestra, que son temor de vuestro santo nombre, firmísima esperanza, profundísima humildad, perfectísima paciencia, clara discreción, pobreza de espíritu, perfecta obediencia, continua fortaleza y diligencia para todos los trabajos de vuestro servicio, y, sobre todo, ardentísima caridad para con mis prójimos y para con vos.

Petición especial del amor de Dios

¡Oh buen Jesús, oh vida de mi ánima!, ¿cuándo os agradeceré en todo y por todo? ¿Cuándo perfectamente moriré a mí y a todas las criaturas por vuestro amor? Habed misericordia de mí, señor, y ayudadme. Aquí me presento ante vuestro divino acatamiento, y desde aquí saludo todas vuestras rosadas y hermosas llagas. Escondedme, señor, en ellas, porque perfectamente sea limpio y embriagado con ellas de vuestro amor. ¡Oh señor Dios mío!, ¡oh amable principio mío!, ¡oh clarísima luz de mi entendimiento!, ¡oh hartura y descanso de mi voluntad!, ¿cuándo os amaré ardentísimamente? ¡Eya, señor!, tened por bien de traspasar mi ánima con las saetas de vuestro dulcísimo amor. ¡Oh todo mi deseo, toda mi esperanza, todo mi refrigerio! ¡Oh, si fuera mi ánima digna de ser abrasada de vos, porque así toda su tibieza fuese consumida con el fuego de vuestro amor! ¡Oh ánima de mi ánima, oh vida de mi vida!, a vos todo deseo y a mí todo me ofrezco, todo a todo, uno a uno y único a único! ¡Oh, si se cumpliesen en mí aquellas palabras vuestras que dijisteis al Padre: «Ruégote, padre, que ellos sean una misma cosa conmigo»!

Ninguna otra cosa quiero, ninguna otra cosa deseo ni pido sino a vos, porque vos solo me bastáis. Vos sois mi padre y mi madre, y mi tutor y mi gobernador, y todo mi bien. Vos sois todo amable, todo deleitable y todo fiel. ¿Quién tan liberal como el que por tan vil criatura a sí mismo se dio? ¿Quién tan humilde que así inclinase la grandeza de su majestad? ¡Oh señor, que a nadie despreciáis, de nadie tenéis asco, a nadie que os busque desecháis, sino antes le prevenís y despertáis y le salís al camino, porque vuestros deleites son estar con los hijos de los hombres! ¡Oh! Bendíganos, señor, los ángeles. ¿Qué hallasteis en nosotros sino miserias y pecados, para que queráis estar en nuestra compañía hasta la fin del mundo? ¿No bastaba haber padecido por nosotros, y dejar los sacramentos y los ángeles en nuestra compañía, sino que con todo esto queráis vos también estar con nosotros, porque sois tan bueno que no os podéis negar? Hagamos, pues, señor, un trueque, si os place: vos tened cuidado de mí, y yo lo tendré de vos, y haced conmigo así como vos queréis y sabéis que me conviene. Porque vuestro yo quiero ser, y no de otro. Dadme, señor, que ninguna otra cosa desee sino a vos, y que todo me ofrezca a vos, sin que más me vuelva a tomar.

¡Oh fuego que me enciendes! ¡Oh caridad que me inflamas! ¡Oh lumbré que me alumbras! ¡Oh descanso mío! ¡Oh vida mía! ¡Oh amor que siempre ardes y nunca mueres! ¿Cuándo te amaré perfectamente? ¿Cuándo os abrazaré con los brazos de mi ánima desnudos? ¿Cuándo menospreciaré a mí y a todo el mundo por vuestro amor? ¿Cuándo mi ánima, con toda su virtud y fuerzas, se unirá con vos? ¿Cuándo se verá sumida y anegada en el abismo de vuestro amor? Dulcísimo, amantísimo, hermosísimo, sapientísimo, riquísimo, nobilísimo, preciosísimo y dignísimo de ser amado y adorado, ¿cuándo os amaré de tal manera que yo todo fuere convertido, si fuere posible, en amor? ¡Oh vida de mi ánima, que por darme vida padecisteis muerte, y muriendo matasteis la muerte! Matad, señor, también a mí del todo, conviene saber, todas mis malas inclinaciones y propias voluntades, y todo aquello que puede ser impedimento para que vos no viváis en mí. Y después que así me hubiereis muerto, hacedme vivir en vos, esto es, en amor y obediencia, guardando fielmente vuestros mandamientos y los de mis mayores, y haciendo siempre vuestra santa voluntad.

¡Oh buen Jesús! Dadme, señor, perfecto apartamiento y aborrecimiento de todo pecado, y perfecta conversión de mi corazón, para que en vos solo estén todos mis pensamientos, mis deseos, mis cuidados, mi memoria y todas mis fuerzas. ¡Oh vida sin la cual muero, y verdad sin la cual yerro! ¡Oh camino sin el cual me pierdo! ¡Oh salud sin la cual no vivo! ¡Oh lumbré sin la cual ando en tinieblas! No me dejéis, señor, apartar de vos, pues en vos solo vivo, sin vos muero, en vos me salvo, y fuera de vos me pierdo, que vivís y reináis en los siglos de los siglos.

Amén.

FIN